



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

Biografía de Damián P. André Nacé, sj

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

PRESENTACIÓN	5
NAZÉ, Padre Andrés (1919-1997)	6
DAMIÁN EL LEPROSO.....	8
Tremelo	9
¿Cómo le llegó la vocación?	9
Religioso en Lovaina.....	10
“Los Padres de los Sagrados Corazones”	10
Brême – Honolulu	13
¡Por fin Hawaii!.....	15
EL ARCHIPIÉLAGO DE LAS SANDWICH O HAWAII	16
Sacerdote	18
Se inicia misionero	19
Constructor, ganadero, jardinero.....	20
Apóstol apasionado.....	22
Ideas negras	26
Molokai	27
Impacto en la opinión pública	28
Descenso a los infiernos	29
“Aquí no hay ley”	31
El padre de los pobres	32
La prueba.....	34
“Estoy leproso”	36
Dos cartas de Damián	37
Unos amigos	40
Los últimos meses	42
Mi querido Eduardo Clifford:.....	43
El fondo del problema.....	44
El reverso de la medalla	46
Valdría la pena.....	48
TUS DOS OJOS.....	48

DAMIÁN

BIOGRAFÍA
P. André Nazé, s.j.

Al fin beato, izado en los altares, envuelto en el halo de los cirios. El que salía tambaleándose de una choza oscura y apestada, los cabellos en desorden, la pipa entre los dientes. Era en Molokai, el moritorio de los leprosos. Hace poco, en 1989, se había festejado el centenario de su muerte. Hoy, su beatificación prolonga su recuerdo, nos crea deseos de conocerle un poco mejor, de volver a recorrer su vida.

Tomemos la mano que nos tiende este pequeño libro y dejémonos guiar hacia este hermano mayor a quien se ama, a quien se admira, con quien se conversa en voz baja mientras desfilan las imágenes. ¡Mira! Eres tú ese chaval de ojos sonrientes, corriendo tras las vacas en la campiña flamenca! Eres tú a quien se ve con los ojos bajos en adoración ante el Santísimo Sacramento en el convento de los Padres de los Sagrados Corazones en Lovaina! Eres tú ese joven misionero de treinta y tres años, mirando sin pestañear, con misericordia, el infierno de Molokai! Eres tú ese viejo leproso del sombrero abollado, los ojos casi cerrados sobre tu alegría interior! ¡Nuestro Damián!

Édouard Brion, ss.cc.

El mundo tiene necesidad
de santos geniales,
como una ciudad apestada
tiene necesidad de médicos.

Simon Weil

PRESENTACIÓN

Una **biografía** breve de Damián es bien difícil de realizar. Al escribirla, uno va haciendo el camino, sin poder dejar de contemplar tanta vida como se queda por los laterales. Lo más importante es juzgar si los hechos recogidos son acertadamente los más propios para ofrecer la identidad de Damián. Se ha de partir ante todo de una *escala de valoración*, que supone un conocimiento poco común del ambiente real cercano, que es parte de una historia mayor, y del *interior personal* que impulsaba a Damián a moverse con el estilo singular con que se manifestó.

Parece que esta biografía del **P. André Nazé, s.j.** lo ha logrado en muy buena parte y el autor además maneja el lenguaje con gran habilidad. Solo por leer el último capítulo, inspirado por un poema de **Guido Gazelle**, eximio poeta flamenco contemporáneo del Padre Damián (1830-1899), ya merecería la pena. Al correr de la traducción se han ido introduciendo matizaciones que quedan en el interior del texto. Pueden ser precisiones o también aporte de textos complementarios sobre el tema que se iba tratando.

Está redactada, en continuidad, con contenidos o temas más o menos breves, que hacen de ella una biografía prácticamente útil para quien quisiera tomar, aquí o allá según su necesidad o gusto, un elemento de la vida de Damián, sobre el que quisiera de inmediato poder meditar o comunicar a otros. No es pequeña ventaja.

Introducimos en esta presentación de la biografía, la propia del mismo autor, el P. André Nazé, s.j., pues conocer al autor de algo que se está leyendo, es cosa que se echa en falta cada vez que se comienza un libro. La pregunta surge espontánea: ¿Quién es el autor del relato? Nos preguntamos por su vida. En este caso unos amigos de Bélgica nos proporcionaron un material breve y valioso. Diría que excelente, porque esta homilía de su fallecimiento recoge el aliento de su espíritu. Y nos da pistas para comprender por qué pudo tener deseos de escribir esta biografía. Las frases que hemos anotado en cursiva, nos ofrecen la sensibilidad exquisita de un religioso capaz de comprender a Damián, dejando en su biografía parte de su propia autobiografía.

✘ ✘ ✘ ✘ ✘ ✘ ✘ ✘ ✘

NAZÉ, Padre Andrés (1919-1997)

Nació en Bruselas en 1919 y entró en la Compañía en 1937. Se ordenó sacerdote en 1950 y murió el 16 de setiembre 1997.

Volvió a la casa del Padre al final de una larga vida entregada al Señor. Durante trece años realizó distintas tareas en los colegios de Liège, de Charleroi y de Mons: Padre espiritual, responsable de los Equipos de Nuestra Señora, profesor de religión.. Durante ocho años trabajó en Bruselas San Ignacio como escritor. Muchas revistas se beneficiaron de su talento: "Foyer Notre-Dame, Seuil" (y posteriormente, "Vie consacré", les Editions "Fidélité"¹). Durante otros cinco años, fue igualmente Socius del Padre Provincial. Pero fue en Wépion donde pasó veintiún años de su vida apostólica, primero, en 1956-59, como ministro, profesor del juniorado, capellán, después, desde 1979, como rector, ecónomo, animador de numerosos retiros.

Cada uno de nosotros, a lo largo de su vida, ha hecho un trozo de camino, más o menos largo, en compañía de Andrés, del que guarda sin duda, como yo, un recuerdo imborrable y cálido. *El encuentro con un hombre semejante nos ha hecho, a todos y a cada uno, más felices.*

Pero también hemos apreciado, por aquí o allá, signos de un sufrimiento difuso, pocas veces manifestado. Andrés se atribuía una inteligencia poco especulativa; su salud le preocupaba e inquietaba; *tuvo a menudo, como decía él, el sentimiento de haber fracasado y hasta escribió una vez que su itinerario en la vida religiosa fue un "itinerario humillado"*. Tenía dentro de sí como una herida profunda, que retraía hasta el comienzo de su vida y que él atribuía a la muerte prematura de su hermano gemelo. Un poco como si, desde los orígenes, se le hubiera amputado una parte de sí mismo.

Después, la vida fue para él un perpetuo desafío por reconstruirse. Su maestro de pensamiento, Chesterton, ¿no decía "pertenecer al campo más débil, es pertenecer a la escuela más fuerte"? *Para compensar su débil atractivo por la abstracción, comenzó a desarrollar sus dotes manuales y su sentido artístico, y a producir obras, como esta de Jesús crucificado tallada en madera.* Al no reconocerse apenas talento para la elocuencia, intentó sin cesar afinar un don de escritor que conjuntaba rigor, concisión y profundidad. Para fortalecer su cuerpo y apaciguar su espíritu, escogió la ascesis, el yoga y el zen. Para luchar contra la depresión y el descorazonamiento, primó en sí el humor y la risa compartida. *Y se le vio también convertir lentamente su sentimiento de ser humillado en humildad.* Podría afirmarse de él lo que él decía de sus abuelos maternos: *"Fueron heroicamente humildes"*. Por fin, *se puso a la escucha de los demás, sobretudo de los santos y de los "pequeños" de este mundo.* Por eso no extraña su *devoción hacia la Virgen María: la más santa y la más humilde de todos los santos.* Y cada vez *que hablaba de la Pasión de Jesucristo, no se olvidaba de asociar a ella la compasión de María.*

¹ En ella editó este folleto de "Damien, le lépreux", Namur (Belgique), 1993, 64 pgs.

Un día que se le preguntó a Andrés qué página del Evangelio le gustaba especialmente, respondió: "Los discípulos de Emaús". Y añadió: *"Nada nos es tan necesario como reencontrar, con la ayuda de Jesús oculto, el sentido divino de la historia, que hace latir el corazón y desemboca en la fe en la Eucaristía". La Eucaristía era el centro y corazón de su vida.* A cien leguas del sacerdote-funcionario, su sacerdocio y su vida religiosa, se movían en el impulso de los grandes místicos. Citaba con satisfacción el hecho siguiente: "Quince días antes de morir, Teresa de Lisieux tenía en la mano un cáliz vacío y miraba con atención su fondo. Le preguntaron por qué lo hacía. 'Porque me veo ahí reflejada'. En la sacristía me gusta hacer eso. Me alegra mucho decirme: mis rasgos están reflejados allí donde la sangre de Jesús ha reposado y descenderá otra vez. Es natural pensar que al recordar este episodio, Andrés hablaba también de él. Sucede lo mismo que a propósito de este texto de San Juan de la Cruz: Cuando para sosegar mi dolor / te contemplo en el Sacramento / el velo que te oculta a mi corazón / no hace mas que acrecentar mi tormento; / todo es para mí desgarramiento, / mientras tengo aquí abajo mi morada; / porque muero porque no muero". (Cántico del alma que arde en deseos de ver al Señor). Y él mismo escribía: *"La vida ascética y la abnegación no son suficientes para hacer a un sacerdote feliz. Es necesaria una vida de oración "mística", para que ese corazón esté poblado de Jesucristo".*

Es claro que fue a través de los retiros y los acompañamientos, cómo Andrés reveló ser un maestro y un padre espiritual. He encontrado sobre su mesa de trabajo un texto de Olivier Clément que claramente inspiraba su acción. Este es un extracto: "El padre espiritual es ante todo un 'espiritual', un hombre habitado por el Espíritu. *Y el Espíritu hace de él un icono de la paternidad divina, paternidad sacrificial y liberadora.* Solo una larga y dura, una crucificante desapropiación de sí mismo, permite esta adquisición del Espíritu, según el adagio monástico: 'Da tu sangre y recibe el Espíritu'. El padre espiritual obtiene así el carisma de compasión (en el sentido fuerte de 'sufrir con') y además el de un humilde y respetuoso conocimiento de los corazones. Se va a él para pedirle una palabra de vida. Y su palabra revienta el absceso secreto, libera, despierta. (...) *El padre espiritual, sobretodo, es el hombre de una dulzura, de una ternura, de una caridad sin límites: hace comprender de este modo, al hombre que se aborrece a sí mismo, hasta qué punto es amado.* (...) El padre espiritual es discreto. Ante todo, asume a su 'hijo' en la plegaria. El padre espiritual conduce a su hijo espiritual a la libertad, porque en el único, ya no hay más ni maestro ni discípulo, sino que todos son dioses". (Evagre le Pontique, Centuries IV, 58).

André no había previsto dejarnos tan pronto! Por eso había aceptado dar un retiro en abril 98, cuyo tema era: "¿Amar al Espíritu Santo"? Invitado por el Padre Roelandt a presentar ese tema, él escribió: "En la Santa Trinidad, el Espíritu Santo es el ocultamiento mismo. Nos vuelve siempre hacia el Padre y hacia el Hijo. Es la humildad personificada. ¿Cómo amarle por sí mismo?".

Ahora que se le ha concedido contemplar a la Santa Trinidad, esperamos que Andrés pueda ayudarnos a amarla más.

Doy gracias a Dios por haber podido estar presente en el momento en que Andrés ha entrado en la luz de Dios. Se apagó como una vela, sin el menor sobresalto, suavemente, pacíficamente. Una enfermera a quien conocía, había venido a hacerle una pequeña visita y recordaba una de sus homilías a propósito de la oración de petición. Le gustaba recordar que era necesario insistir (Lc, 11,9) pero esperar el tiempo de Dios. "Dejad a nuestro tiempo que se convierta en el tiempo de Dios". En ese momento, cuando podía parecer que estaba inconsciente y tenía los ojos cerrados desde hacía varios días, abrió grandes sus ojos azules y transparentes, mirando a la enfermera, y unos instantes después, se apagó. El tiempo de Dios había llegado para él.

Padre André De Jaer, sj.
homilía del funeral.

Caricatura del folleto de Identes (Amazonas), p. 19, "ahora que está rota, en tu misericordia está mi fortaleza"

caricatura P. Nazé ¿perdida?

DAMIÁN EL LEPROSO

Maui, una de las islas Sandwich, en medio del Pacífico. Allí la escena:

- Amigos míos, dice el obispo a sus sacerdotes, en conciencia no puedo enviar a un hombre al pudridero de Kalawao. Pero quizás se pudiera intentar que cuatro de entre vosotros fueran allí, remplazándoos, por ejemplo de quince en quince días. Serían mayores las posibilidades para escapar del contagio. ¿Hay voluntarios entre vosotros?

- Yo, dijo Damián, y por mi gusto querría permanecer más de quince días. Se quedó dieciséis años. Sus cuatro últimos, los vivió contagiado por la lepra. Murió a los 49 años, el lunes santo, 15 de abril de 1889. Los otros tres compañeros que se habían ofrecido para turnarse cada tres meses, no pisaron Molokai.

En 1936, el buque escuela Mercator de la marina belga, engalanado, transportó el cuerpo de Damián a su país. En el puerto de Amberes, el rey y las más altas autoridades civiles y religiosas, se inclinaron con respeto ante su ataúd. La carroza fúnebre, tirada por seis caballos blancos, estaba recubierta con paños blancos: el color de Pascua, la primera que Damián había celebrado en el cielo.

El 4 de junio de 1995¹, en Bruselas, el Papa Juan Pablo II proclamó beato al Padre Damián de Veuster. Ese día de ese año era la fiesta de Pentecostés.

Tremelo

“Dikke Jef”, el gordito José: así le llamaban sus compañeros de la escuela. Y su estatua, en el Capitolio de Washington, es la de un gordinflón. ¡Qué caricatura!²

En realidad, el joven Damián, musculoso, atlético, jamás fue corpulento. En la granja familiar levantaba como una gavilla de centeno un saco de cien kilos, pero de igual modo podía trepar por una escala de bomberos para derribar una chimenea que amenazaba ruina en Lovaina, ya que ellos mismos no estaban por la labor. Se le verá, en Molokai escalar la montaña, el “pali”, por el sendero largo y peligroso, como una ardilla, y bajarlo él solo cargado con los baúles de Monseñor, que difícilmente lo hubieran hecho entre dos: “*Es fuerte como un turco*”, comentaba el obispo.

¿Cómo le llegó la vocación?

Primero por ósmosis. Al anochecer, durante la velada, su madre leía a sus siete hijos un grueso folio en letra gótica de tapas de madera, con la vida de los santos y de los Padres del desierto. José, el benjamín, tenía ocho años cuando hizo, con su hermana, un primo y un amigo, su primer ensayo de vida religiosa que duró... algunas horas: los cuatro, en vez de ir a la escuela, quisieron imitar a los ermitaños, no sin estar provistos de una cestilla de bocadillos... Cierta día, Damián desembarcará en Molokai sin tener una piedra en que reposar su cabeza: en la mano derecha un breviario, pero en la izquierda lleva una caja de herramientas... En otra ocasión, la familia había ido a la verbena de los alrededores, en Wechter, y de repente José desapareció. Al atardecer, los padres se inquietan y comienzan su búsqueda. El abuelo propone ir a la iglesia. Efectivamente, el chaval se encuentra allí, solo, bajo el púlpito, inmerso en oración. “*¿Por qué andabais buscándome, no sabíais que tenía que estar en la casa de mi Padre?*” Esto no lo dijo él, fueron las palabras de Jesús en una circunstancia semejante.

Por contagio también, sin duda, el joven José recibe de sus hermanos mayores el gusto por la consagración de su vida a Dios. Su hermana mayor, Eugenia, cuando él tenía tres años, se consagró religiosa ursulina. Quiso hacer lo mismo la siguiente, Constanza, pero su madre se lo prohibió. Augusto, el hermano inmediatamente mayor de José se había ido al seminario de Malinas, para

¹ Publicado el folleto en 1993, el texto original da la fecha próxima del 15 de Abril de 1994, aniversario de su muerte, como la de la beatificación del Padre Damián. En la traducción se ha conservado la del 4 de Junio de 1995, fecha histórica de su beatificación en Bruselas, pues el accidente del Papa impidió que se pudiera celebrar en la primera prevista.

² El autor no ha captado la singular identidad de Damián, expresada en esta obra de arte moderno, estatua de Marisol Escobar, que se halla en el Capitolio de Washington y su réplica en el de Honolulu. Recibió el primer premio internacional para representar al personaje más ilustre del país, con el rey Kamehameha I.

terminar al fin en el convento de los Padres de los Sagrados Corazones de Lovaina. Faltaban brazos en la granja.

A los trece años, José deja la escuela y ayuda a sus padres en los campos, en la huerta, en el establo. Práctico, generoso, infatigable, todos le quieren. Una vieja vecina contaba: "Tenía una vaca que el veterinario miraba ya como perdida y el matarife quería acabar con ella. Esa vaca era mi sola fortuna. El bueno de José tuvo compasión de mí; despachó al matarife e intentó conseguir lo que el veterinario no pudo. Se quedó en el establo, pasó allí toda la noche y cuidó tan bien a mi animal que, al día siguiente estaba salvada y pocos días después se encontraba con muy buena salud".

Después de cinco años, a los 18 de José, el papá de Veuster envió a su hijo a Braine-le-Comte, en Hainaut, región fronteriza con la de Flandes, al sur de Bruselas, para que aprendiera francés y prepararle así como buen gerente de su comercio de granos. Pero José ya pensaba en otros negocios. Su independencia de la familia le ayudó a pensar y decidir por sí mismo, respetuosamente, sobretodo en aquellos tiempos. Le envían noticia de que su hermana Paulina, algo mayor que él y a quien quería mucho, acaba de irse a Holanda, tras la muerte de su hermana, la religiosa ursulina. Le causa gran envidia y escribe a sus padres: *"Espero que también a mí me llegará mi turno, para elegir mi destino, lo más importante que hay en la vida"*. Durante una misión parroquial en Braine-le-Comte, predicada por dos Padres Redentoristas, con toda la escuela convocada al sermón cada tarde, encabezados por sus directores, cristianos ejemplares, ha cantado: "No tengo mas que un alma / que debo salvar. / De la eterna llama / la quiero preservar". Un ritornelo posterior en las cartas de Damián.

José piensa entonces en la vida de los monjes trapenses. En ellos encontraría a la vez, pensaba él, la oración que le gusta, la penitencia que le atrae y los trabajos agrícolas para los que está preparado. Pero su hermano mayor, Augusto, le persuade para que se le una en el noviciado de los Padres de los Sagrados Corazones en Lovaina.

Religioso en Lovaina

"Los Padres de los Sagrados Corazones"

Un santo hombre originario de la región del Poitou en Francia, sacerdote de nombre Pedro Coudrin, con la colaboración de Enriqueta Aymer, también del Poitou, fundan en la ciudad de Poitiers la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, la Navidad de 1800, en plena Revolución francesa. Cuando mueren, en 1834 y 1837, contaba ya varios centenares de miembros. Muy pronto, se orientó hacia las misiones de ultramar, en 1827, primero en Oceanía oriental, islas Hawaii, y pronto en la Polinesia.

Hoy los religiosos y las religiosas de los Sagrados Corazones, están repartidos por el mundo entero. Se entregan a la enseñanza y a la

evangelización. Según su Regla, su misión se expresa como un “contemplar, vivir y anunciar el Amor de Dios encarnado en Jesús”, poniendo atención en que “María ha sido asociada de una manera singular a este misterio de Dios hecho hombre y a su obra salvadora: es lo que se expresa en la unión del Corazón de Jesús y el Corazón de María”. Con “vocación reparadora por construir un mundo de justicia y de amor”, se centran “en la Eucaristía celebrada como Pan de Vida y adorada como Presencia de Amor”.

La Congregación se implantó en Lovaina en el año 1840, año del nacimiento de Damián, a unos quince kilómetros de su pueblo. La fundación llevaba como nombre, “Seminario de Misiones Extranjeras”, un noviciado y una casa de estudios cerca de la universidad, preparando a los religiosos como misioneros para su difícil destino, en países que serán su casa terrena camino del cielo con sus fieles cristianos.

En enero de 1859, José entra en el convento de los SS. Corazones de Lovaina a ruegos de su hermano, que desplegó ante él el panorama del futuro de las misiones en Oceanía. Curiosamente en posterior carta de Damián a su hermano desde Hawaii, le recuerda *“ya sabes que yo no quería ser misionero”*. El 2 de febrero, toma el hábito religioso con el nombre de Damián. Es admitido como “hermano de coro”, porque su instrucción no parecía suficiente para llegar a ser sacerdote. Pero se pone a estudiar el latín, con su hermano Pánfilo, en el que hace tales progresos, que a los seis meses el Superior lo acepta en la clase de novicios estudiantes. Pronto “las misiones” le atraen. Cómo fue, solo él lo sabe, pero su maestro de novicios atestiguó que le encontraba en la capilla todas las noches, de rodillas ante la cortina de una de las ventanas, que en su tela llevaba estampada una imagen de San Francisco Javier. Le preguntó por qué estaba allí. *“Le pido a San Francisco que me haga un misionero como él”*, le contestó.

El noviciado es un aprendizaje de la vida religiosa. Damián se fue encontrando a gusto, sin complejos. Su buen humor contagioso hizo que le quisieran todos sus compañeros. Desde Hawaii envió repetidamente recuerdos para esta comunidad, la que de algún modo añoraba en sus momentos de fatiga. Consigo mismo se muestra duro. Lo mismo que alguna vez lo encontró su madre en la granja, ahora también, a veces, se acuesta sobre el suelo enrollado en una manta, lo que le acarrió alguna riña de su hermano. Cada semana hace su hora de adoración nocturna a las dos de la mañana. Ya no le merece la pena volver a acostarse. Vive del misterio de la Eucaristía, del que vivirá toda su vida: cuando se encuentre solo en la leprosería de Molokai, en la adoración del Santísimo hallará la fuerza para superar muchas amarguras y permanecer fiel en su puesto: *“Vivo o muerto, quiero permanecer en Kalawao”*.

En junio de 1860, deja Lovaina para ir a Francia. En el noviciado de Issy de los alrededores de París. Llegaban de todos los lugares y era el tramo de los últimos retoques, para quedar sellados conjuntamente con los rasgos de un religioso de los Sagrados Corazones, como preparación a su profesión

religiosa. Pronuncia sus votos el 7 de octubre en la capilla de la casa madre, calle de Picpus en París. El rito de la profesión deja en su alma una huella que aflorará en sus momentos cumbres de Molokai. Permanece durante un año allí para estudiar la "filosofía", sobretodo latín y griego. Necesita ese bagaje para volver a Lovaina y seguir en ella los cursos de teología en la universidad. Según un condiscípulo, mostraba una rara intensidad para el estudio, que quizás compensa su falta de brillantez debido a su deficiente preparación anterior. Estudia los cursos "ordinarios" suficientes para ser sacerdote, no los "universitarios", con los que, como su hermano, llegar a la licenciatura y el doctorado. Él no iba para eso.

Su futuro por las misiones no le ha abandonado. Ya en París, reciben la visita del obispo de la Congregación en Tahiti, Mons. Tepano Jaussen. Les habla de sus misiones de la Polinesia y de la falta de obreros en la viña del Señor. Damián escribió a sus padres con la misma táctica "insidiosa" que había usado hablándoles de su vocación:

La llegada de uno de nuestros obispos misioneros nos ha ofrecido la ocasión de tener, el domingo de Pascua, una misa pontifical... Monseñor volverá pronto a su misión de Oceanía y llevará consigo, pienso yo, algunos de nosotros... ¿No estaríais felices si fuera yo?

Pero en estos momentos en que ya lleva dos años en Lovaina, su hermano Pánfilo es designado para la misión de las islas Sandwich. Visitando a los enfermos contagiados del tifus, él mismo se contagia de la enfermedad y no puede partir. A Damián se le abren los ojos. ¿No es un signo de Dios?. José pide consejo a su hermano. Después, sin esperar más, escribe a su superior general de París, rogándole poder ir en lugar de su hermano Pánfilo. Sus estudios están todavía a mitad de camino, pero el superior general le ha conocido personalmente en París. Por la misteriosa razón que sea, su petición es inmediatamente aceptada. El superior de Lovaina le entrega la carta con un cierto enfado: "*Está usted aún muy verde*". Pero desde más arriba le ven de otro color. Damián corre a la cabecera de su hermano agitando el papel: "*Voy en tu lugar*".

Con toda prisa se despide de su familia en la granja de Trémelo. Emplaza a su madre para que a la mañana siguiente puedan verse por última vez en el santuario de la Virgen de Monteagudo, el Lourdes del Brabante, a 12 kms. de su pueblo. En la carretera de vuelta, una diligencia los separa hasta el cielo. Va rápido a unirse con sus compañeros de misión en París. El Superior General ha convocado allí a todo el grupo para despedirles con un retiro. Seguramente les trasmite el corazón de su espiritualidad: sentirse entre las manos de Dios, a veces ásperas y siempre tiernas, en los momentos angustiosos. Se hace fotografiar por un profesional, de pie, el crucifijo contra el corazón, imitando la actitud de san Francisco Javier, la de la imagen ante la que, desde hace tanto tiempo, rezaba cada día para que llegara a ser como él. Es el recuerdo que deja a cada uno de sus familiares y amigos, para que rueguen por él.

Brême – Honolulu

El grupo de jóvenes misioneros parte para Brême, en tren directo desde París, donde un velero alemán de tres mástiles debe de conducirlos a Hawaii.

Hoy por avión se cuenta por horas una vuelta al mundo. Para un velero, en 1863, de Brême a Honolulu, el capitán prevé cuatro meses al menos, salvo imprevistos...

El tres mástiles *R.W. Wood* que enarbola pabellón hawaiano, parte de Brême el 2 de noviembre, pero se enfrenta de repente con un viento tan violento que debe pararse con todas las velas plegadas. A esta borrasca sucede la bonanza y el navío permanece anclado durante siete días. Por fin, el día 9, se despegaza el viento y puede salir hacia el Mar del Norte. Allí otra prueba se abate sobre los pasajeros, el mal de mar, el mareo:

“Se sentía, escribe Damián, un malestar espantoso. Nuestros estómagos experimentaban extraños dolores. El pequeño Padre Cristián³ devolvía todo cuanto comía; no cesaba de vomitar y de padecer hipo, como si su pecho fuera a estallar. Esto duró más de un mes...”

Obligado a dar vueltas, el barco no avanzaba más que 10 kilómetros por día. Sin quedar del todo libre del mal, Damián resiste mejor que los otros los malestares. Asume todas las cargas: sacristán, ecónomo, enfermero. A menudo también echa una mano a los marineros que aprecian su agilidad entre los tirantes de los mástiles y las escaleras de cuerdas, más que sus esfuerzos por convertirles.

Sin embargo, la salud del Padre Cristián comienza a inquietarles: está tan agotado que disminuye su visión. *“Créame, le dice Damián, la falta es de vuestros humores. Hay que hacerlos salir. Tomad un poco, Padre, el tabaco provocará el desprendimiento necesario y os esclarecerá la vista”*. El enfermo obedece, el remedio es eficaz, los humores se van, el Padre puede volver a rezar el breviario.

A partir de diciembre todo cambia. Los vientos alisios empujan el barco a toda vela. Alcanzan el ecuador. Los marinos celebran el acontecimiento, según una tradición secular, con ritos poco religiosos... Damián, práctico, les paga una buena propina para ahorrar toda broma a las jóvenes religiosas. Gracias a él, los misioneros asisten a este “Bautismo” como espectadores entretenidos.

Después de la Navidad, celebrada en la intimidad más discreta – porque no se atreven a fraternizar con los marinos protestantes: el ecumenismo no está aún maduro – se encaminan hacia el temible Cabo de Hornos. Veinte años antes el velero *José María*, había naufragado allí: 8 sacerdotes, 7 hermanos, 10 hermanas perecieron en aquellos oleajes. Es difícil comprender lo que supuso

³ Nombre del único sacerdote, superior del grupo, compuesto por 4 Hermanos y 10 Hermanas.

para la naciente Congregación. Los que van como relevo recitaron por ellos el oficio de difuntos y el santo rosario.

Al comienzo, en el estrecho El Maire, todos se extrañan de la calma que reina en tal lugar. Pero después de una jornada de hermoso tiempo, de repente se levanta un viento horrible y desplaza al navío a 200 leguas al sur. Durante diez días, las olas en furia golpean al barco y parecen arrancar sus aparejos. Los misioneros comenzaron una novena de oración para confiarse a la Santa Virgen "estrella de la mar". El 2 de febrero, fiesta de la Purificación de María, el viento se revuelve de repente y arroja al navío hacia el noroeste en dirección de las islas Sandwich. No quedan más que 11.000 kilómetros por cubrir. El 5 de febrero, el diario de a bordo de Damián señala el momento crítico. Habría que citarlo textualmente:

Aquel día, sufrimos una tempestad espantosa. El navío fue arrojado al aire por una ola terrible que, al menos, nos hizo avanzar en la buena dirección. Previsor, el capitán había ordenado replegar las velas: si no, los mástiles se habrían partido. El viento soplaba con tal violencia que nos llevaba a razón de quince kilómetros por hora, y eso entre montañas de agua de una altura tremenda. El gran velero danzaba como una barca de pescador, las olas se rompían contra el costado derecho como el estallido de un cañonazo. Entonces el barco se inclinaba totalmente hacia la izquierda para volver a caer enseguida en el abismo de la derecha. Este espantoso balanceo duró toda la jornada, Debíamos atarnos o agarrarnos para no ser arrojados al mar. Después de esta terrible jornada, ya no tuvimos más que buen tiempo. Cuanto más avanzábamos hacia el norte, mas se suavizaba la temperatura. Los buenos vientos alisios nos acompañaron hasta Honolulu, con un cielo casi siempre sereno y atardeceres deliciosos.

El 18 de marzo, las islas Sandwich aparecen a la vista. Pasan ante Hawaii, se percibe una pequeña isla, con toda la costa norte de grandes montañas malvas, como muralla gigantesca dentellada, que se recortaba contra el cielo azul: es Molokai, a la que Damián hará célebre. Los corazones están de fiesta. Una hermana del grupo escribe: *"He hecho el viaje alegremente, jamás me había reído tanto como en el mar"*. Y el bravo Padre Cristián, aliviado, concluye en su diario de a bordo: *"Todo se ha pasado bien. La alegría es lo que ha dominado. Cuántas veces hemos reído con toda el alma!"* Y canta las alabanzas de Damián, no escatimando elogios para su fidelidad a la Regla, su amor por el trabajo y la oración, su disposición a prestar servicios y su habilidad para sacar a la gente de sus dificultades.

El viaje duró, desde la salida de Brêmen, 4 meses y 20 días.

¿Qué es lo que hizo Damián durante este largo, muy largo "retiro" entre el cielo y el mar, en la prisión flotante de los tres mástiles? Rezó, a buen seguro, prestó mil servicios. Quizás aprovechó también para sus contactos con los marineros con el fin de practicar el inglés o el alemán. En todo caso, este contemplativo, jamás perdió su tiempo. Para él, el viaje fue la ocasión de experiencias múltiples: el mareo, algunas veces un espanto mortal, la

monotonía... Ensayó, pero sin éxito, sus talentos misioneros con los marinos del barco, la mayor parte protestantes alemanes. Feliz por haber partido, feliz por haber sufrido, pero más aún por haber llegado, escribe a su familia:

Me es imposible describiros la inmensa felicidad del misionero que, después de un viaje de cinco meses durante los cuales se ha visto obligado a vivir con herejes, incluso con incrédulos que cierran sus oídos en cuanto se les habla de nuestra santa religión, desembarca en este nuevo país donde deberá sudar sangre y agua para llevar a Dios a estas almas desheredadas.

“Sangre y agua”, es la expresión que le sale del corazón, que recuerdan el amor extremo de Jesús en la cruz cuando, ya muerto, la lanzada le abrió en manantial de sangre y agua. ¿Era una premonición del amor extremoso que Damián iba a sellar con su identidad singular de mártir del amor? De cualquier modo, allí estaban en el malecón el obispo, los misioneros de Honolulu, los católicos para quienes un nuevo sacerdote era alguien bajado del cielo. También algunos hábitos blancos de las hermanas y sus chicas del colegio Ya en tierra se organizó el trayecto hacia la catedral, donde entonaron el *Te Deum* de acción de gracias, mientras miraban la lápida con los nombres de los 25 misioneros y misioneras de la Congregación, que no habían conseguido llegar a Hawaii debido al naufragio, pero se encontraban allí con ellos.

¡Por fin Hawaii!

En realidad, Damián y sus compañeros no eran los primeros apóstoles que desembarcaron en las islas Hawaii. En 1820, misioneros protestantes, venidos de los Estados Unidos, habían llegado con sus familias. Eran siete: dos pastores, un granjero, un médico, un mecánico, un catequista y un impresor. El rey de las islas, Kamehameha II, los había acogido con gran benevolencia. Había salido a desearles la bienvenida, con una vestimenta tan simple que los puritanos le suplicaron que se cubriera con un vestido, aunque fuera pequeño, en las visitas que pudiera hacerles de nuevo. Al día siguiente se presentó llevando por todo ropaje unos calcetines rojos y un viejo sombrero sobre la cabeza... Su majestad se extrañó de nuevo de que su adorno personal fuera juzgado todavía insuficiente.

“Los ministros protestantes tuvieron la suerte de comenzar con un golpe de efecto, bautizando a una guerrera indígena que medía 1,90 metros y cuyo ascendiente era enorme. Presa de un ardiente proselitismo, esta amazona se dirigió a provocar e insultar a la diosa Pelé en su propia morada. Atravesó solemnemente la llanura de lava que separaba el volcán de la muchedumbre espantada y arrojó en el cráter ramos y frutos, desafiando a la diosa a que se vengara. El pueblo creía con seguridad que la sacrílega sería inmediatamente partida por un rayo. Pero no sucedió nada. Entonces, volviéndose hacia el pueblo: “*Ya veis bien, les dije, que esta Pelé no tiene ningún poder. Ni tan siquiera se ha atrevido a recoger mi desafío. Creedme: no hay mas que un solo Dios, Jehovah, y un solo salvador, Jesucristo*”.

Ante estas palabras, los canacas presentes se convirtieron y cuando los ausentes supieron lo que había sucedido, muchos de ellos de hicieron bautizar por su lado”⁴.

Pragmáticos, emprendedores, los misioneros americanos tuvieron pronto una gran influencia sobre el reino. Se implantaron en él sólidamente, aunque su rigorismo cuadraba mal con el carácter libre y alegre de las tribus indígenas.

Naturalmente, no podían ver con buenos ojos la llegada en 1827 de los misioneros católicos, cuya religión se acomodaba mejor con el temperamento canaca y respetaba más las costumbres locales. En 1831, obtuvieron del rey una ordenanza acusando al catolicismo de ser un retorno a la idolatría y prohibiendo al pueblo el adherirse a ellos bajo pena de trabajos forzados. Los primeros sacerdotes, después de serios enfrentamientos, fueron embarcados en un buque que los depositó en una playa desierta de California. Allí tomaron contacto con los misioneros franciscanos. En Honolulu se hizo correr el bulo de que se habían marchado por propia iniciativa. Con los nuevos católicos se quedó el hermano converso Melchor Bondu, por no ser oficialmente “sacerdote misionero”. Con su buen taller de carpintería hacía grandes servicios en la ciudad, manteniendo alta la moral de resistencia de los católicos, que fueron amenazados, perseguidos, maltratados, encarcelados, de modo que se les conoció posteriormente con el nombre de *confesores de la fe*.

Solo en 1839, veinticinco años antes de la llegada de Damián, bajo la presión de Francia y su marina de guerra, anclada en la bahía de Honolulu con sus cañones apuntando a la residencia real, el rey de las islas proclamó la libertad de cultos, el derecho a escoger la religión. Los misioneros católicos pudieron volver. La catástrofe del cabo de Hornos, en 1843, retardó la implantación de la misión católica, por el número de desaparecidos en la renaciente misión católica, entre ellos el nuevo Vicario Apostólico Mons. Rouchouze. Cuando Damián desembarcó, la misión de las islas Hawaii contaba con un obispo, 18 sacerdotes, 12 hermanos conversos, 10 religiosas, todos miembros de la Congregación de los Sagrados Corazones, y 12 catequistas.

EL ARCHIPIÉLAGO DE LAS SANDWICH O HAWAII

Se estira sobre una longitud de 3000 kilómetros. De sus doce islas, entre las que Hawaii, situada al este, es con mucho la mayor y ha dado nombre al conjunto del archipiélago.

En 1778, el explorador James Cook las bautizó con el nombre de un ministro inglés, Sandwich, mecenas de su expedición. Cook y sus hombres fueron masacrados por los indígenas a causa de su falta de respeto a las mujeres y por los impuestos agobiantes que querían imponer. Los hawaianos adquirieron una fama de salvajes que no habían

⁴ Anécdota que aporta Omer Englebert, en su obra *Le Père Damien apôtre des lépreux*, pgs. 56-57.

merecido. Durante largo tiempo, los navegantes temieron acercarse a estas islas.

Las tierras son antiguos volcanes de cimas estériles y rocosas, pero sobre las costas y en los valles una capa espesa de tierra fértil hacen brotar palmeras gigantes, eucaliptos, laureles rosas, cocoteros, plátanos, naranjos. Los helechos tapizan los bosques. Allí se encuentra la lujuriente vegetación de los trópicos. Los americanos llaman a este archipiélago "el paraíso del Pacífico" o también "el país de la eterna primavera"

Cuando Damián desembarcó allí, el 19 de marzo de 1864 el archipiélago contaba con unos 60.000 habitantes; los indígenas formaban una mayoría aplastante. Hoy, no llegan a 5.000. ¿Qué es lo que ha sucedido?

En 1810, el jefe indígena, Kamehameha I, apodado "el Napoleón del Pacífico" se hizo proclamar rey y reunió todo el archipiélago bajo su autoridad. Ayudado por el navegante Vancouver y por marineros ingleses, introdujo elementos de civilización europea y proscribió las antiguas costumbres y las viejas ideas religiosas.

Bajo el reinado de su hijo, menos dotado, las islas se abrieron a los aventureros, a los balleneros, a los mercaderes de pieles que iban de América a China y que transmitieron a los indígenas el gusto por las bebidas fuertes y las armas de fuego...La población autóctona decreció de manera catastrófica a consecuencia de las epidemias contraídas al contacto de los blancos, entre ellas la lepra, de probable origen chino..

En 1850, cayó a 35.000. Portugueses, chinos, filipinos, sobretodo japoneses, remplazaron cada vez más la mano de obra indígena.

La población blanca, principalmente americana, no llegaba mas que al 6 % del conjunto, pero su potencia económica y su influencia política no hicieron mas que crecer durante todo el siglo XIX. A los navíos de guerra que se sucedieron en los puertos – recuérdese Pearl Harbour y su potencia estratégica – el régimen canaca no podía oponer más que una armada inconsistente, irrisoria.

Los Estados Unidos terminaron por anexionarse las islas en 1898, tras unos años de república detentada por los blancos de Hawaii, que destronaron a su última reina, Liliuokalani, hermana del anterior rey Kalakaua. En 1959 se convirtió en el 50° Estado de la Unión de los Estados Unidos.

El anterior rey Kalakaua, subió al trono en 1874 por gracia de los Estados Unidos. Fue un soberano constitucional a quien no se le permitía en modo alguno ocuparse de los asuntos de Estado. Asistía solemnemente a la apertura del Parlamento y presidía cuantas inauguraciones y fiestas se daban. Se exhibía en el templo, en el teatro, en las carreras. Invitaba a los viajeros ilustres a hablar con él para distraerse. Demasiado felices de poder hacer lo que querían en su país, los americanos le llenaron de recepciones golosas y magníficas. Viajó por todo el mundo, visitando a sus "primos" los reyes.. Murió dos años después de Damián, víctima de su glotonería, en el Hotel Palace de San Francisco.

Durante este tiempo, a no mucha distancia de su palacio, un misionero católico daba su vida por los leprosos, los más lamentables súbditos de su Majestad.

Sacerdote

Rápidamente, porque la penuria de sacerdotes estaba siendo penosa, el obispo de Honolulu, Monseñor Maigret, preparó a Damián y a sus compañeros para su ordenación sacerdotal. Permanecieron durante dos meses de estudio en el colegio-seminario de la misión, en un lugar apartado de Honolulu, entre montañas, donde estudiaban chicos de la alta sociedad – el hijo del rey fue compañero suyo – con los que aprendió a la vez los rudimentos de la lengua canaca. Damián fue ordenado sacerdote en la catedral de Honolulu por el ya casi anciano obispo, Mons Maigret, ss.cc., el 21 de mayo de 1864.

El día de su profesión religiosa en París, se había sentido emocionado por el rito del paño negro extendido sobre él postrado en el suelo, signo de muerte a sí mismo. Ya todos en pie como signo de resurrección, de vida nueva recuperada, se continuaba con el canto solemne del *Te Deum*. Aquí, en la ordenación sacerdotal, se prosterna ante el obispo consagrante, mientras la asamblea suplica, pero es para ser enviado, vacío de sí mismo y lleno de Cristo Sacerdote eterno. Escribe a su hermano Pánfilo:

Recuerdas las dulces emociones que viviste el día en que tuviste la alegría de subir al altar por vez primera y ofrecer el sacrificio de la víctima santa por nuestra salvación. Lo mismo ha sucedido conmigo, con una diferencia: tú estabas rodeado de tus parientes y compañeros habituados a la práctica de la religión, mientras que yo estaba rodeado de nuevos cristianos. A pesar de mi fortaleza, tuve la impresión de que mi corazón se iba a derretir como la cera, cuando por vez primera distribuí el pan de vida a un centenar de personas. Estaba emocionado con la idea de que, muchos de los que veía vestidos de blanco y se acercaban modestamente a la Mesa Santa, quizás antes se habían prosternado ante los ídolos.

A sus padres les escribe el mismo día, sin temor de manifestarse inquieto y desarmado:

Ya soy sacerdote, querido padres, ya soy misionero en un país corrompido, herético e idólatra. ¡Qué grandes son mis obligaciones! ¡Que ardiente ha de ser mi celo apostólico! ¡Qué pureza de costumbres, que rectitud de juicio, qué prudencia habré de tener en mi conducta!. Ay, queridos padres, yo que en mi infancia os he contristado tanto con este humor caprichoso indigno de un cristiano ¿cómo voy a cumplir los deberes de un sacerdote misionero? No olvidéis a este pobre sacerdote, mientras recorre noche y día los volcanes de las islas en búsqueda de las ovejas perdidas. Rezad por mí día y noche, os lo suplico. Haced rezar por mí en la casa, porque si Dios me retira su gracia un solo instante, me hundiría en el barro del que quiero sacar a los otros. -

Termina calmándoles un poco: - No os inquietéis por mí, porque cuando se sirve a Dios, se es feliz en cualquier lugar.

Se inicia misionero

Cuando habla de "recorrer noche y día los volcanes", Damián exagera, seguramente, pero no tanto. La primera "parroquia" que le fue confiada, el distrito de Puna en la parte oriental de la isla de Hawaii, está compuesto de crestas y de cráteres volcánicos dormidos o extinguidos, pero uno de ellos está en plena actividad. Los indígenas los tienen un miedo terrible y le ofrecen sacrificios para aplacarle.

Un viajero francés, G. Sauvin, lo describió en estos términos: "Es un pozo singular, de 95 metros de profundidad y 400 de ancho, que contiene en el fondo un lago de lava incandescente, siempre en ebullición, del que salen chorros inflamados de diez metros de alto y olas de fuego que llegan a romperse contra sus bordes. Hay allí una vida y una intensidad imposibles de describir. El calor y la reverberación de este horno infernal obligan a alejarse pronto, pero se vuelve fascinado, se quiere admirar el esfuerzo de una llama más alta, que se pierde de inmediato en ese crepitar de materias en fusión que, nacidas de las profundidades del globo, suben, se rompen y desaparecen. Lo maravilloso actúa sobre los nervios; no puede uno defenderse de un momento de pavor, se siente el peligro, el vértigo se apodera de ti, atrayéndote más de lo que pueda hacerlo el vacío... Algunas lavas son tan líquidas y viscosas que los chorros más ligeros y los más altos se estiran por la acción del viento, flotan por los aires para volver a caer en largos filamentos sueltos, sedosos, color de oro mate, semejantes a cristal hilado: son los cabellos de la diosa Pelé, dicen los canacas".

Damián también quedó impresionado. "Nada en el mundo, escribe, puede dar una idea tan llamativa del infierno. Cuando este volcán entra en actividad, nuestros pobres isleños padecen un miedo terrible, y muchos corren a ofrecerle sacrificios para aplacarle. Yo mismo fui testigo de esta idolatría un día que descendí al interior del volcán".

En el distrito, de 1600 km², no habitan mas que 2000 hawaianos, de ellos 350 católicos. Para llegar a visitarlos, Damián poseía un caballo y un mulo. Necesitaba seis semanas para dar la vuelta a la parroquia. Cuando se le preguntaba dónde tenía su casa, señalaba su silla de montar: "Esta es mi casa". Además, ya el señor obispo, Mons. Maigret, cuando lo acompañó para dejarle en esta su primera misión, le advirtió: "No olvide que llevan ya ocho años sin ver un sacerdote".

Ciertas regiones no son accesibles más que a pie. Un pueblecito estaba protegido tras una decena de barrancos, que había que bajar y subir y colgaba

en la altura de una pared rocosa de seiscientos metros. A otro puesto no se podía llegar más que por mar y una de las veces que lo hizo con dos nativos en una chalupa hawaina, volcaron sobre las olas, teniendo que volver a nado a la orilla.

En todas partes, los hawaianos acogían generosamente al sacerdote. Por pobres que fueran, compartían con él el “poi”, una suerte de pasta a base de taro, planta de la que aprovechaban sus tubérculos como harina, ofreciéndole también la estera de su choza para dormir. Por las noches prefería caminar algunos kilómetros sobre el caballo y dormir en cualquier hueco junto a un árbol. Damián llevaba consigo una pequeña maleta con la que preparar todo lo necesario para celebrar la Misa. En los pueblecitos siempre había alguna concha marina con la que llamar a las gentes al catecismo y a la celebración de la Eucaristía.

En este distrito tan solo permaneció un año. El P. Clemente, “compañero” de viaje cuando llegaron en el barco, así como de ordenación sacerdotal en Honolulu y del primer destino en la isla de Hawaii, tenía asignado el distrito del noroeste, Kohala Hamakua. Un día le comentó a Damián que su extensión sobrepasaba sus fuerzas, más débiles, y pidieron al obispo el cambio. Así comenzó Damián sus correrías interminables en aquel territorio, en el que permaneció ocho años, hasta que desde allí salió para Molokai. En Kohala necesitaba quince días para ir y volver por los pueblecitos costeros, en las cuatro pequeñas iglesias que les construyó. En su lugar de residencia, una pequeña casa al lado de la pequeña iglesia, ambas de madera. Su vida era muy sencilla, como se lo contaba a su hermano Pánfilo:

No comemos más que lo que la Providencia nos envía. La calabaza de poi está siempre llena; tenemos carne, agua en cantidad, café y a veces pan, jamás vino o cerveza. Como he estado trabajando toda la semana y he cocinado hoy domingo, ya me excusarás si mis manos no están tan limpias como las tuyas que, supongo, no hacen otra cosa que pasar las hojas de tus libros. Los platos tampoco están siempre bien lavados, pero eso no tiene mucha importancia. El apetito y la costumbre nos ayudan a comer bien. De postre, fumamos la pipa. Una vez terminado, vuelvo a montar a caballo.

Constructor, ganadero, jardinero...

Podía valer para ello: el antiguo granjero de Trémelo no iba a enterrar los talentos en los que le habían iniciado desde niño. La naturaleza en su isla es fecunda y sería un pecado de pereza no explotarla!. Ayudado por sus fieles, Damián emprende conjuntamente una pequeña explotación de ovejas, de cerdos, de gallinas. Las abejas le proporcionan miel y además cera para las velas. Café, tabaco, patatas, crecen que dan envidia. Su cosecha de alubias es tan abundante que puede enviar lo que sobra a las religiosas de Honolulu, siempre generosas con él.

Hábil en extremo, Damián es un constructor nato. Sentía un atractivo especial por la madera. Ya de niño enredaba con los utensilios del carpintero de su

padre. "Jef, tenía que gritarle, márchate de aquí, no haces mas que estropearme las herramientas". Durante estos ocho años que pasó en el distrito de Kohala, siempre tenía en la cabeza algún proyecto de construcción. Con el dinero de los productos agrícolas, encarga materiales a Honolulu, planchas, vigas de cubierta, grandes postes para la estructura. Estaba persuadido, como así era, de que el orgullo de haber construido su propia iglesia, era algo que fortalecía la fe de sus neófitos.

Como es la costumbre en el país el dar una gran fiesta después de haber llevado a feliz término una obra importante, mis neófitos querían dar una a sus amigos de los otros distritos, con el fin de mostrarles el duro trabajo que habíamos tenido que hacer para construir y acabar la iglesia. Todo el mundo había sido invitado a la vigilia de la Epifanía. Se habían sacrificado un gran número de animales bien gruesos y se los tostaba en el horno (piedras muy calientes en un hoyo, al estilo hawaiano). A una señal con la concha marina, la muchedumbre se dirige a la iglesia, por desgracia muy pequeña para contener a todo el mundo. Después de una corta oración les dirijo un sermón apropiado a las circunstancias. Les felicito primero por el coraje que han manifestado construyendo una iglesia para Jesús. Invito a cada uno de ellos que intente construir una en su corazón, allí donde Nuestro Señor quiere habitar más aún que en la de madera. Igualmente les animó a vivir la caridad cristiana para con los cristianos que no son del pueblo y han venido de lejos, y dirijo finalmente algunas palabras a los que todavía no son católicos.

Después del sermón y de la oración, todos se dirigen a la fiesta, alrededor de la iglesia, sobre la hierba. Había unas mil personas. Todos, aún los más cultos, comen siempre con los dedos, así que no hay ninguna preocupación por preparar cuchillos, tenedores, ni vajilla. Cada uno aporta lo que tiene y, como los romanos, comen sentados por tierra, con las piernas cruzadas como los sastres. Es muy económico: ninguna necesidad de ocuparse por las mesas, sillas y asientos. Como tenía que preparar a mis neófitos para la comunión del día siguiente, he pasado la mayor parte de la tarde en el confesionario, donde la conversación sincera con varios pecadores me procura una alegría profunda. Al día siguiente he debido celebrar dos misas: una por la mañana para los comulgantes y una misa mayor con música. El misionero, entre sus privaciones, experimenta a veces muchas satisfacciones.

Sigue bregando duramente, para evangelizar y para vivir. Iglesias y casas, campos de labor y granja... el otro medio indispensable:

"También en caso de necesidad, todavía sé quitarme la sotana para ponerme a trabajar en la construcción de las capillas. El año pasado, a pesar de mi pobreza y sin ser una carga para la misión, tuve la felicidad de construir dos pequeñas iglesias de madera, tal como convienen en este país. Aunque no sea un ebanista como el bueno del hermano Max, al menos me felicito por ser un carpintero bastante bueno para construir mis capillas, que probablemente de otro modo no se construirían jamás" (11.1.1869). Más adelante: "... después me quito la sotana y cojo la sierra, etc. Al modo del hermano Max, solo a fuerza de sudar es como he llegado a conseguir 4 capillas limpias, tanto al

exterior como en el interior. He construido también algunas en el distrito del P. Gulstan, del que yo estaba también encargado antes de su llegada. Un terrible huracán destruyó su casa y dos de sus capillas, he tenido con qué sudar. Actualmente me encuentro casi victorioso. Buenas capillas donde hacen falta, bastante buenas casas donde alojarse, un gran campo para alimentos, cerdos, gallinas en masa...” (14.7.1872)

Desde sus comienzos en Kohala ya podía anunciar a su Provincial de Honolulu:

“Le envió por el mismo vapor 400 kilos de patatas. La superiora me había pedido 300. De este modo ustedes pueden repartírselas. Más tarde, si lo desean, escríbame y podrá tener más” (18.7.1866).

A pesar de tantas actividades gratificantes, Damián tiene un cupo abundante de penas y de cruces... las del religioso sacerdote que es sobretodo en su corazón, el del místico que lleva por dentro y las del pastor de su rebaño ante los lobos Se puede escuchar lo que sale desde el fondo:

“Espero dedicarme este año un poco más a la visita de los enfermos, al estudio, al menos que la Providencia no me envíe otros ajetreos. ¡Ay!, qué es la vida del misionero sino pena y miseria. Tanto tiempo pasado en trabajar como Marta y tan poco en estar a los pies del Salvador, como la buena María. Felices los misioneros que no tienen otra cosa de qué ocuparse sino del santo ministerio. Pero nosotros aquí, hemos de ocuparnos más de lo material, algo que perturba mucho” (A su hermano 14.07.1872)

Y en su mismo centro... la soledad, la del extranjero que no puede adentrarse en la cultura local sino con gran dificultad. Además la pobreza de contactos con su obispo y sus compañeros. Añádanse las relaciones poco cordiales con los misioneros protestantes, que le han precedido a veces y a quienes sus audacias comienzan a hacerles sombra. Con algunos –calvinistas americanos– mantiene una declarada hostilidad. Damián no puede tolerar “el veneno de la herejía”: por ejemplo, que se haya distribuido a los indígenas una comunión bastarda utilizando el kalo, raíz del taro, como materia de la Eucaristía, y hasta agua clara, en lugar del vino, para representar la sangre de Cristo.

Poco inclinado ni preparado para las discusiones bíblicas con los pastores protestantes, Damián lo compensa con eclipsarles en el terreno de la fuerza física. Una colina rocosa de 600 metros de alta que les separaba de sus parroquianos, él la escala en 45 minutos, mientras que el pastor necesitaba dos horas para hacer el mismo camino.

Apóstol apasionado

Sus cartas emocionantes al marchar hacia el nuevo mundo, que él se forja un tanto fantasioso, donde lleva el Evangelio; las que escribe a la llegada y sobretodo después de ser ordenado sacerdote, revelan un corazón que convierte el amor y la entrega en las cualidades supremas que orientarán instintivamente su desbordada actividad.

A pesar de sus sudores que empapan la madera de sus capillas, ante todo Damián es un apóstol, que vibra narrándonos cómo se mueve su evangelización:

Desde hace algún tiempo, doy un curso de teología a mis kanakas mejor instruidos; se la explico para ponerles en estado de defender la religión contra los herejes, y de enseñar a su vez al resto de los fieles en ausencia del sacerdote. He conseguido formar algunos que predicán con mucha elocuencia y precisión y con su celo me ayudan mucho a formar nuevos cristianos. Como tengo 4 capillas que servir, a ellos les toca hacer las instrucciones donde no hay sacerdote; bastante a menudo su auditorio es más numeroso que el que hay cuando es el mismo sacerdote quien predica. A los infieles y heréticos les gusta venir a sus instrucciones, mientras que en la Misa se aburren, porque no la entienden. Así es cómo, poco a poco, la fe entra a menudo en su corazón. Algunas veces, sin embargo, es de repente, como por milagro, como se opera la conversión.

Una pequeña niña de 10 años, la única católica en su familia, no tiene vergüenza de decirles a sus padres, que son calvinistas, que irán todos al infierno si no se convierten. Es encantadora, la pobre niña. Todos los días viene a la Misa y por la tarde al catecismo. Tiene una voz de ángel para cantar. ¡Oh! si escucharas cantar a nuestros niños kanakas en la Misa del domingo. Vuela con tu imaginación y asiste a nuestras ceremonias.

Para empezar oírías un concierto magnífico de todas las voces de los asistentes que recitan juntos las oraciones de la Misa. En los intervalos, los cantores entonan otra melodía, ya sea en latín o en kanaka, después en el momento en que tu indigno hermano levanta la víctima adorable de nuestra salvación, verás a todo el mundo prosternado con la frente casi por tierra. A continuación la instrucción. Después del rosario, será uno de mis jefes de oración, quien por sus gestos y el tono de su voz, te hablará al corazón. Por fin te presentaré algunos catecúmenos a los que podrás bautizar, si es que te agrada hacerlo.

En el ejercicio de su apostolado, Damián no sería Damián si no se viera a sí mismo dentro del ejercicio de su actividad, enjuiciándose como un elemento más del que depende la marcha, el éxito o fracaso, de su obra. Nos admira la íntima sinceridad de sus sentimientos, en los que se advierte como un repunte de pesimismo o, como fue siempre, una excesiva delicadeza de conciencia en un hombre que no podía sentirse tranquilo después de haberse batido hasta la extenuación. Desearía para él y sus cristianos, el ardor de la lava hirviente y el fuego de los volcanes que tiene a su lado:

Si Dios enviara aquí a un sacerdote como el buen cura de Ars, habría recogido ya a todas las ovejas descarriadas. Es sobretodo en medio de los volcanes de Puna donde debería tener ese amor por Dios, ese celo hirviente en que se consumía el sacerdote Vianney, cura de Ars, por la salvación de las almas durante toda su vida.

Mi querido hermano, te lo suplico, tanto por mí como por mis pobres ovejas, reza y haz rezar por nosotros para que nuestro Divino Salvador encienda en nuestros corazones ese fuego que Él ha venido a traer a la tierra y que tanto desea que arda. Si pudieras contribuir a que ese fuego se encienda en el corazón del pastor, ¡ah! tan frío a menudo, cuántos enfermos y ancianos iría a buscar para hacerlos renacer en el agua y el Espíritu Santo, antes de que se vayan al otro mundo, cuántos niños y personas ignorantes arrancarí de las manos de los ministros herejes; y si a su vez pudieras contribuir a que este fuego divino se alumbrara en el corazón de todos estos nuevos bautizados, cuántos frutos de salvación y de santidad harías madurar para el cielo. Haz rezar en todas partes por tu hermano, arrojado sobre las playas lejanas de Oceanía en busca de las ovejas perdidas, para que él mismo no sucumba a las tentaciones que le rodean y para que la acción de la gracia acompañando todas sus palabras, pueda así hacer entrar un gran número de ovejas perdidas en el redil de la Iglesia católica y de ese modo conducir las a la patria celeste. (23.8.1864)

Damián, siempre con los pies en tierra, aquí sobre la lava del fuego de sus volcanes, hace vibrar bellamente sus palabras. No es tan solo el primer sentimiento romántico de su primer contacto con su distrito. La misma tormenta bate su corazón seis años después en el inmenso de Kohala:

Reza mucho por mí, hermano, y haz rezar, por favor, porque tengo necesidad de ello, creo que más que cualquier otro, por mí y por mis pobres cristianos... cuántos herejes e infieles quedan aún en mi distrito. Y me veo para toda la población como San Pablo "estoy en deuda con griegos y extranjeros, con instruidos e ignorantes" (Rom. 1, 14) Ojalá pueda decir como aquel santo obispo, que ya no quedaban mas que 17 herejes, tantos como cristianos había encontrado al llegar. Desgraciadamente hasta hoy, la herejía domina todavía en mi parroquia que cuenta con más de 3000 almas. En lugar de un lánguido cobarde como yo, se necesitaría un santo y celoso sacerdote por aquí y todo marcharía bien... Tengo 4 capillas de madera en mi distrito, muy limpias, en las que digo la Santa Misa alternativamente los domingos.... La visita a los enfermos es una de las grandes ocupaciones de todos los días.

Ni la situación ni Damián han cambiado mucho. Pero conocemos el ambiente en que se mueve, los entusiasmos y decepciones que experimenta, como cualquier misionero, él con ese corazón de cristal que late bajo su fornida compostura. Parece preocupado de sí, y lo está, pero en función de sus fieles. Conviene oírle un poco sobre las resonancias que sus comportamientos producen en su alma. Ponen a prueba sus ambiciones paternas. Les quiere con todo su corazón:

Amo mucho a nuestros pobres kanakas por su sencillez y hago cuanto puedo por ellos. Por su parte me aman como los hijos aman a sus padres y es por este afecto mutuo por el que espero conducirlos a Dios. Porque si aman al sacerdote, amarán más fácilmente a Cristo, nuestro Señor.

Cuando tuvo que dejar su primera misión de Puna, no se avergonzaría de confesar que "fue un mayor desgarró que el de la separación de mi propia familia, en Lovaina".

Los indígenas habían comprendido pronto que este misionero no era un occidental como los otros. Damián se sentaba por tierra con ellos para comer el poi pegajoso y pastoso en una marmita familiar... Pero en el corazón de esta familiaridad y de esta confianza mutua, estaba asombrado por las costumbres sorprendentemente libres de sus amigos. Su personal educación le había enseñado a gobernar, a dominar su cuerpo vigoroso. Era casto por costumbre tanto como por convicción, por amor a Dios y por amor al prójimo. Ahora bien, la tradicional cultura hawaiana le presenta de repente un mundo en que la impudicia se ostentaba casi ingenuamente. Damián escribe a uno de sus amigos, el 29 de diciembre de 1866:

La corrupción es terriblemente precoz entre los jóvenes kanakas. Los niños que apenas han aprendido a hablar, ya saben mucho más sobre esto que lo que un joven teólogo debe aún descubrir. Los padres hablan ante ellos de toda suerte de cosas, sin la menor precaución. Llegan hasta explicarles las infames ceremonias de los antiguos idólatras y otras abominables costumbres paganas. Frente a todo esto, comprenderéis con facilidad nuestras dificultades para hacer reinar a Jesucristo en estos jóvenes corazones, tan fácilmente extraviados por los malos ejemplos.

Y, como entre los niños, otro tanto sucede entre los jóvenes y adultos:

Supongamos que se unen dos jóvenes este año. Viven dos o tres meses juntos. Después, por causa de una disputa, se separan definitivamente. Como ninguno de los dos es capaz de permanecer casto, cada uno busca cómo satisfacer sus malos instintos. Pero la ley civil prohíbe el adulterio. Conducidos ante el juez, son condenados a una multa de unos 150 francos. Para pagar esta deuda, quedan reducidos a una especie de esclavitud. Después de algunos años, obtienen el divorcio civil. Cada uno se vuelve a casar como puede. ¿Qué sacerdote, después de esto, podría todavía absolverlos?

Al decaimiento moral le suele acompañar un hundimiento psíquico: el suyo y el del porvenir desgraciado que prevé de la raza kanaka:

No hace falta que te diga que de estos matrimonios abominables no hay posteridad, lo que destruirá totalmente la generación kanaka. Sin embargo no imagines que todo el mundo abusa del sacramento del matrimonio de este modo. Muy a menudo, por desgracia, el desenfreno de nuestros jóvenes trae como consecuencia numerosas enfermedades. Entre nuestros kanakas, apenas han llegado a la edad de la pubertad, muchos ya tienen la debilidad de un hombre viejo. Si contraen una enfermedad, entran rápidamente en el camino del otro mundo, ¿y con qué preparación? A veces sin ninguna.

Ideas negras

Muy pronto, el joven misionero empezó a conocer, en el seno mismo de su actividad, la prueba de la soledad. Al comienzo, en Puna, aún podía contar con el encuentro de un compañero, casi cada semana: de ese modo se confesaba de sus "ideas negras", de su "melancolía". Y la gracia del sacramento le ayudaba a volver al trabajo con paso más firme y con mayor esperanza. Pero desde que estuvo en los distritos del noroeste, Kohala y Hamakua, de la gran isla de Hawaii, en sus primeros cuatro años, no ve a un compañero más que cada tres meses. No tiene una persona con quien compartir sus proyectos, sus decepciones, sus interrogantes. Una persona que le ayude a reposar los acontecimientos y a esperar. Una persona, como testigo de su fidelidad a Dios y a sus llamadas concretas.

No es fácil concretizar lo que Damián quería decir con su expresión "ideas negras". Estando en París durante sus estudios de filosofía, en abril de 1861, escribe a su familia: "...Los paseos por la ciudad no tienen ya para mí tanto atractivo como al comienzo, tienen un no sé qué de melancólico". En París y con 21 años, habla de "un no sé qué de melancólico". Ni él mismo encuentra la palabra exacta con que definirlo. ¿Veía la ligereza y peligrosidad de unas vidas sin fundamento? ¿No podía permanecer impasible ante un mal, aún tan solo imaginado?. Un comportamiento 'gris' ¿tenía para él un color 'negro'? Lo dijo una tarde en que con un compañero, paseaban los miércoles por el cercano bosque de Vincennes, después de que el 'negro' le había invadido los lugares de la ciudad 'de las luces', por donde paseaba antes.

Para luchar contra sus propias "ideas negras", Damián se vuelve hacia su hermano Pánfilo, de quien siempre esperaba que vendría a acompañarle en cuanto pudiera. Pero el correo era lento. Entre una carta y su respuesta, podían pasar tres meses... Por otro lado, Pánfilo acaba de ser nombrado Maestro de novicios y, por su temperamento de hombre de estudios y de libros, prefiere enseñar la teología a los jóvenes estudiantes, más que el catecismo a los kanakas. Damián tiene dificultades para comprender y aceptar esta orientación de su hermano. Se siente abandonado.

Repasando sus cartas, uno se encuentra a veces con el trasfondo oscuro y dolorido de su corazón. Si acumulamos textos, lo oscuro se ennegrece en demasía, pero aún así, leamos algo. A su hermano el 22.12.1866:

"Para nosotros pobres misioneros, si no podemos esperar reposo durante esta vida, espero que llegado nuestro momento nos encontremos al menos con algunas horas de descanso para prepararnos a la hora terrible de la muerte, entre los brazos de un joven misionero que nos formareis para más tarde". Dos meses antes de morir, cuando aún sube al altar cada día "aunque con alguna dificultad", le dice a su hermano: "Quiera Dios fortalecerme y concederme la gracia de la perseverancia y de una buena muerte" (12.2.1889). ¡Algo inaudito en esos momentos, a dos meses de su muerte!

Tras los penosos cuatro primeros años en la inmensidad de Kohala, llega el refuerzo del P. Gulstan Ropert y le dice a su hermano:

“Tenemos el consuelo de vernos todos los meses para confesarnos y consolarnos mutuamente. Aunque el misionero siente de una manera del todo particular la asistencia de Dios, el corazón pide sin embargo esa especie de asistencia exterior de un hermano para hacer desaparecer las ideas negras que engendra el contacto diario con un mundo corrompido. De este modo durante los días que estamos juntos, nuestros pulmones se dilatan por un exceso de alegría. Después de eso, nos sentimos de nuevo más fuertes para entregarnos al santo ministerio” (2.9.1870).

En 1870, por primera vez en su vida, Damián cae enfermo. Una fiebre maligna, como él dice a su hermano, no le ha dejado “mas que la piel sobre los huesos. Vuestro paquete de cartas de la familia ha acelerado mi convalecencia” (02.09.1870).

En una fecha entre 1869-1870 escribe a su querida hermana Paulina:

“¿Pero dónde te encuentras, querida hermana? ¿Ya te has ido al cielo? No tan de prisa, por favor. Para adornar la bella corona hace falta tiempo... En general tengo muchas contrariedades y pocas consolaciones. Solo por la gracia de Dios encuentro suave el yugo y ligera la carga que nuestro buen Maestro se ha dignado poner sobre mis espaldas. Cuando me llega alguna enfermedad, me alegro porque mi fin se aproxima. Me encuentro enteramente resignado y contento con mi suerte, feliz si la perseverancia corona mis trabajos. Estemos entre las manos de Dios como los instrumentos entre las del trabajador. Sea en vida o sea en muerte, somos de Jesús”.

En unos pocos días se cura y recupera sus 80 kilos y toda su fortaleza. Pero también ha tenido enfermo, por las preocupaciones, su corazón. ¡Tenía 32 años!

Molokai

Hemos acompañado a Damián durante los nueve primeros años de misionero en la isla de Hawaii. No se ha de olvidar que es con esa abundante y variada experiencia con la que llega a Molokai. Damián no es ya un misionero novicio. Ha evangelizado mucho y duro, ha gozado de grandes alegrías mezcladas de tristezas y ya conoce muy bien el temperamento de los nativos.

Primavera de 1873. La vida misionera de Damián va a dar un giro decisivo. El obispo, Mons. Maigret, ha invitado a todos los sacerdotes de las islas para asistir a la consagración de una nueva iglesia, en la isla de Maui. Aprovecha esta ocasión para plantearles el problema de su responsabilidad hacia los católicos de Molokai y especialmente hacia los leprosos encerrados en la reserva leprosa de Kalawao.

Molokai, en medio del rosario de las islas Sandwich, a 6000 kilómetros de Tokio y a 4000 de San Francisco, con su forma de zapatilla flotante, se extiende sobre unos 60 km. de longitud por 16 de ancho y tiene una extensión de 673 km². A todo lo largo del norte de la isla, cae a pico en el océano un acantilado discontinuo de 450 m. de alto, cubierto de una selva impenetrable que se agarra a las rocas. En el centro, un sendero estrecho y peligroso desciende y termina en un promontorio rocoso y triangular, península adherida a la isla, cuyo origen parece estar en las erupciones de su volcán central, el Kauhako, hoy extinguido. La península triangular se llamaba entonces Makanalua, con dos costas opuestas, la de Kalawao y la de Kalaupapa, nombre éste con que hoy se conoce esta península, conservada como parque natural histórico. En el lado de Kalawao había comprado el Estado unos terrenos amplios, para segregarse en ellos a los enfermos de lepra que irían recogiendo por las islas. Los primeros llegaron a esta especie de cárcel natural el 6 de enero de 1866.

En 1873, el poblado contaba con 600 leproso, pero el número no dejará de aumentar, a pesar de la muerte que reina soberana sobre la península. La policía, en todas las islas, atrapaba a los enfermos contagiosos y los deportaba como criminales.

Los católicos de toda la isla de Molokai, débil minoría entre los 4000 con que contaba, no recibía más que raramente la visita de un sacerdote, a lo más algunos días al año, por Navidad y Pascua sobretodo. Desde 1866, sobrevivieron y murieron en condiciones desesperadas y sin sacramentos, que si son algo de que Dios no necesita para salvar, sí son signo de la dignidad de la vida y de la muerte de un cristiano. Cada vez que un sacerdote llegaba a Kalawao, abogaba patéticamente por la causa de los enfermos abandonados. Antes de Damián, uno de sus compañeros se había ofrecido para permanecer con los leproso, el Padre Aubert Bouillon, pero recibió la respuesta de "quédese usted donde está", porque el obispo nunca se había atrevido a darles una misión tan atroz. En el curso de la reunión del obispo con los misioneros en la isla de Maui, Damián se ofreció el primero para su turno. Se había convenido que tras unas semanas sería remplazado, porque entre cuatro que se fueran turnando llenarían la continuidad de la asistencia permanente.

En el amanecer del 10 de mayo de 1873, en compañía de su obispo, de una cincuentena de leproso y de algunas cabezas de ganado, Damián desembarcó en los acantilados de Kalaupapa, único lugar de pequeño y peligroso "puerto". El obispo le presentó a la muchedumbre reunida sobre los acantilados: "¡Ahora, ya tenéis a vuestro sacerdote!". Todos se fueron hasta la capilla de Kalawao a dar gracias a Dios.

Impacto en la opinión pública

De golpe, la llegada de Damián a Kalawao conmocionó a la población de Honolulu. No porque fuera el primero en entrar en este "cementerio vivo". Otros le precedieron allí, otros se habían ofrecido antes que él al servicio de los leproso. Pero desde hacía poco, las leyes civiles habían impuesto una

segregación rigurosa de los enfermos. Todos los meses, a veces por semanas, en el puerto de Honolulu, pequeños barcos partían para Molokai, cargados de condenados al exilio y a la muerte. Las despedidas desgarradoras de sus familias conmovían a la opinión popular. Todo el mundo juzgaba indispensables las medidas tomadas por el gobierno, pero su ejecución estaba falta de humanidad. Un periódico de Honolulu sugirió que el rey Lunalilo, recientemente coronado, visitara a estas desgraciadas personas, exiliadas en Kalawao: su gesto las reconfortaría...Y el periódico añadía una sugerencia "deferente": "Si un noble cristiano, sacerdote o religiosa, estuviera inspirado para ir allí y sacrificar su vida por consolar a estos pobres infortunados, se la consideraría como una alma regia, que brillaría para siempre, sobre un trono erigido por el amor al hombre".

El rey Lunalilo prefirió no ir a Molokai: envió a los leprosos a dos miembros del Comité de Higiene, llevando una carta que les aseguraba que haría por ellos todo lo que fuera compatible con el bien común...

Allí donde el rey no había querido ir, Damián va con las manos vacías. Su sacrificio impresionó a los blancos de todas las islas. Como homenaje de admiración, muchos protestantes asistieron a la misa católica. Una suscripción espontánea ofreció al obispo una suma de 130 dólares, "para ayudar al Padre Damián"...

La opinión pública no deja de poner en aprietos a los superiores de Damián. El provincial escribe a Roma: "Sin infravalorar la entrega del Padre Damián, debo decir, para alabanza de nuestros Padres, que varios de ellos habían pedido entregarse al servicio de los leprosos. No teníamos intención alguna de enviar solo a un sacerdote a Molokai y el Padre Damián no ha sido enviado para que se quede allí definitivamente".

Ahora ya es demasiado tarde. "La voz del pueblo, la voz de Dios". El pueblo cristiano, católicos y protestantes confundidos, no comprenderían que el Padre Damián se haya ofrecido como víctima heroica... para quince días. Y en su informe al Superior general de París, confiesa: "Considerando las circunstancias que le han conducido a aquel lugar, el feliz efecto que su aparición ha ejercido sobre el público, y la necesidad de administrar los sacramentos a los moribundos, nos hemos visto obligados, por decirlo así, a dejarle allí".

Descenso a los infiernos

"El Hijo del hombre no tiene una piedra en que reposar la cabeza". A su llegada a Kalawao, parece que Damián estaba feliz de poder imitar a su Señor en esta extremosa indigencia. No tiene mas que su breviario y su caja de herramientas. Ningún techo bajo el que cobijarse y reposar su cabeza. Toma su alimento encima de una piedra plana y duerme bajo las estrellas, abrigado bajo un pandano cuyas raíces, según un naturalista, "ofrecen un nido privilegiado a los ciempiés, escorpiones, hormigas, mosquitos, cucarachas y

también a las pulgas de gatos, de perros y de ovejas sarnosas, que se abrigan bajo sus ramas”.

No quiere, por prudencia higiénica, pero también a causa del qué dirán, compartir la choza de un leproso. Así, de repente y recién llegado, resulta difícil acertar. Uno piensa en la pequeña iglesia, aún sin Santísimo Sacramento. ¿Cree en una falta de respeto para ella o de escándalo para sus cristianos? Imposible penetrar en su corazón.

Había hecho una escapada a Honolulu y de la colecta allí organizada se trae materiales para la construcción. Las autoridades no intentaron impedirle ni sancionarle con la ley de segregación, pero a su vuelta se le advierte que no podrá en adelante dejar Kalawao. El Comité de Higiene vigila severamente la aplicación de la ley.. Un día de septiembre, su Superior Provincial, el Padre Favens, viaja por las islas sobre un vapor. Se acerca a la costa para descargar animales. Quiere descender a tierra, pero el capitán se lo impide. Damián va a su encuentro en una barca, pero no tiene autorización para subir al navío. Los dos sacerdotes hablan a distancia, gritando. Damián se ve obligado a confesarse, en francés o latín, desde la barca. Su confesor se inclina apoyado en la borda del navío, amplía su oreja con la palma de su mano y le da la absolución...Un relato que de no ser histórico, daría la imagen más perfecta de la situación de Damián en este drama personal que continuó arrastrando, como un nazareno, durante los años de Molokai.

Cada vez con más claridad, Damián toma conciencia de lo que va a ser su situación irreversible: único sano entre los enfermos, sabe bien que no escapará, un día u otro, al contagio. Se abruga bajo la Providencia que, como el pandano, no le va a ahuyentar los bichos. Porque no quiere parecerse a ese médico blanco del que le han hablado, que rehúsa tocar a los enfermos y les “ausculta” con la contera de su bastón con que levanta vestidos y vendas. Como San Vicente de Paúl, quiere amar a sus pobres con el sudor de su frente y de sus brazos. Y con su expresión: “El pobre, mi señor”.

Al comienzo fue espantoso. Del cuerpo de los leprosos emanaba un tufo como para vomitar. En su comparación, la pocilga de los cerdos de Tremelo era un jardín de flores. Dando la comunión, Damián sentía tales nauseas que se aguantaba las ganas de dejarlo todo y huir. Un domingo, el hedor de la gente en tan reducida capilla, le sofocó hasta el punto de verse tentado a ponerse en la ventana a respirar. ¿Qué decir del momento de la confesión, sobretodo de los moribundos, con apenas un hilo de voz ronca, que para entenderlos tenía que acercarse a sus caras, donde veía los gusanos en la carne y un olor que evocaba atrozmente en su conciencia la putrefacción del pecado? Para neutralizar de algún modo esta agresión, Damián recurrió al tabaco: “El olor de mi pipa impide un poco que mis vestidos se empapen del olor tan repugnante de nuestros leprosos”. Por las noches empieza a experimentar en las piernas una comezón extraña que atribuye a un ataque solapado de la lepra. Por medio de un amigo se agencia un par de botas altas para protegerse. Otra noche sale de la choza dando tumbos entre el barro, que le hacía pensar y decir, “creo que me ha atacado el cerebro”.

Con el dinero de la colecta caritativa de Honolulu, se construyó su primera casa: una cabaña de madera de una sola pieza, de 4,80 por 3 metros. También arregla un poco su pequeña capilla, construida un año antes. Ayudado por un blanco, Guillermo Williamson, que había ejercido como enfermero en el hospital de leproso de Honolulu, contagiándose allí, aprendió a limpiar y vendar las heridas, a aplicar las pomadas y los ungüentos, a distribuir los medicamentos. Casa, capilla y enfermos. Su destino.

“Aquí no hay ley”

Kalawao, como toda la isla de Molokai, estaba regida por las leyes del reino, en teoría. En la realidad, una buena parte de los condenados a muerte, que no tenían nada que perder, se consideraban como gentes al margen de la ley. A los recién llegados que desembarcaban todos los meses, y más a menudo cada semana, los antiguos les inculcaban antes de nada la ley de la jungla: “Aquí no hay ley”. Para ellos, que se saben condenados, ni las sanciones ni las amenazas tienen importancia: policías, esposas en las manos, hierros en los pies, nada mete miedo a quien nada tiene que perder. El gobierno del reino hasta sueña con declararles legalmente muertos. Están en la leprosería para morir allí. El verdadero gobernador de la isla es la muerte. Dante había visto escrito en la puerta del infierno: “Aquí no hay esperanza”.

Se pueden imaginar sin mucho trabajo las consecuencias morales... Damián lo vivió desde su misma entrada, en 1873, y lo describió en su Informe sobre la leprosería, que escribió en 1886 a petición del Presidente del gobierno, estando ya él muy enfermo:

Todos estos desgraciados barridos de la sociedad, vivían juntos sin distinción de edad ni de sexo. Pasaban su tiempo jugando a las cartas, bebiendo una especie de cerveza hecha de arroz fermentado y en los excesos que necesariamente provienen de todo ello. Todas sus cosas no podían estar limpias por la falta de agua, que se debía trasportar desde lejos. El olor de sus basuras y de su sudor era sencillamente insoportable para un recién llegado...

Una depravación sin nombre era su ley, según el mensaje público que proclamaban “en este lugar no hay ley”. Las mujeres eran forzadas a prostituirse para tener amigos que las socorrieran en su enfermedad. Los niños, en cuanto tenían alguna fuerza, eran empleados como criados de la casa. Cuando la lepra estaba demasiado avanzada, a estas mujeres y a estos niños se les arrojaba de la casa y debían buscarse un abrigo. No era raro encontrarlos detrás de una tapia, esperando que la muerte viniera a poner fin a sus sufrimientos o que una mano caritativa o alquilada los trasportara al hospital. El **aloha** del que tanto se vanagloriaban nuestros indígenas desaparecía totalmente en estas circunstancias.

Sin querer hurgar demasiado en aquella desgracia, Damián aporta otro estado de aquella vida con que se encontró y retenía aún en su imaginación, con el consuelo de que semejante pesadilla había ya desaparecido:

Me permito hablar de otra fuente de inmoralidad: me refiero a las borracheras. Se procuraban la bebida embriagadora por la destilación a gran escala de la raíz de una planta que crece abundante por las montañas... El proceso, muy primitivo e imperfecto, hacía que el licor fuera inapropiado para la consumición. Los indígenas que caían bajo su influjo, olvidaban los principios más elementales de la decencia. Corriendo de aquí para allá desnudos, se comportaban como gentes demenciales. Es mucho más fácil imaginarse las consecuencias que describirlas.

La administración local hizo cuanto pudo para poner término a estos horribles desórdenes, pero durante largo tiempo sus esfuerzos resultaron estériles. Habiendo oído que algunos agentes de policía se entendían con los culpables, se decidió que el guna nui (gran jefe) y yo, haríamos la ronda. Así fue cómo empleando las amenazas y la persuasión, pudimos conseguir que nos entregaran los instrumentos de destilación. Algunos de los más culpables fueron castigados; se perdonó a los demás a condición de que se enmendaran. Cuando estaban bajo la influencia de ese maldito licor lo abandonaban todo, excepto sus indecentes danzas, la prostitución y la bebida. Muchos enfermos quedaban abandonados a sí mismos y muchos otros morían, faltos de asistencia. Al morir tanta gente, mi deber de sacerdote me ofrecía la ocasión de visitarlos en sus chozas...

Esta fue una parte bien amarga del panorama que Damián hubo de enfrentar, en este caso uniendo su prestigio moral al del poder civil, con el fin de conseguir que la desgracia no desembocara en la desesperación y que la mafia no traficara con la debilidad y la miseria. Cualquier hombre podía redimirse a sí mismo.

El padre de los pobres

En este cementerio que por la noche abría sus tumbas para que danzaran a la luz de la luna, pues tan leve resultaba a veces la diferencia entre algunos vivos y los enterrados, la llegada de Damián, un hombre con buena salud, vigoroso, desinteresado, provocó en sus espíritus una especie de revolución. Ante su creatividad, se batía en retirada la desesperación.

Sabiamente, comenzó por alojarse más ampliamente él mismo. Su pequeña "casa del sacerdote", a los pocos años cambiada por otra con un piso superior con balaustrada, estaba hasta preparada para acoger a los visitantes. Su ejemplo anima. Con la ayuda del gobierno y gracias a los recursos privados, esto permite a los leprosos construirse casas de madera más cómodas, más sanas, por ventiladas y alzadas del suelo, con acogedor soportal cubierto, y más agradables, a las que pintan de blanco.

Cerca de su casa, construye dos orfanatos, dormitorios y cocinas: uno para los niños y otro para las niñas, 44 en total en sus comienzos.

Ayuda a los enfermos a no comportarse más como ayudados del gobierno, a protestar contra la llegada de alimentos en malas condiciones, a cultivar ellos mismos una parcela, a cuidar gallinas, cerdos... Pide al gobierno que compre los frutos que estos producen, para que corra el dinero en la colonia como sucede en cualquier otro lugar. Poco a poco, la península maldita toma el aspecto de una campiña hermosa, grupos de casas blancas bordeadas de jardines con flores. Se comienza a respirar una vida social casi normal, en cierto sentido.

Sobretudo, aunque condenados a muerte, toman conciencia de que ya no son malditos, desechos de la sociedad. Un sacerdote dinámico les ha puesto en pie. A su contacto, se convierten en hombres. A Damián le cuesta un precio. Atento a todo cuanto puede aliviar a los otros, apenas toma precauciones consigo mismo. Cada vez va convirtiéndose en un hawaiano más, pero rodeado de hawaianos leproso. Come con la mano el poi en la calabaza común, comparte la pipa con los fumadores que se la pasan en ronda, venda las llagas, trabaja con sus herramientas, juega despreocupado con los niños enfermos, durante el trabajo éstos expían el momento en que deja la pipa sobre la madera para darle unas chupadas. Escribe a su hermano Pánfilo: "Todavía no estoy leproso y con la ayuda milagrosa de Dios y de la Virgen Santa, espero no estarlo jamás". Pero en el fondo de su corazón y de sus santas imprudencias, sabe dónde acabará. Más que su futuro, para él cuenta el acercamiento humano a su gente a quien ama y cuya sensibilidad hospitalaria no puede desairar. Los conoce bien.

La muerte, es verdad, se mantiene como una realidad cotidiana. Dos o tres veces por semana, Damián celebra funerales. Pero de estas misas de difuntos, consigue a fuerza de amor y de fe, hacer una fiesta familiar. Ya no se deshacen de los muertos igual que de bolsas de basura arrojadas al muladar, como hacían a su llegada. Se compra un buen ataúd. Quien no puede hacerlo, tiene en Damián un carpintero. La música, los tambores, los oriflamos al viento, acompañan el cortejo, dominado por la cruz de Jesús. La muerte se convierte para estos pobres entre los pobres, en lo que era para los primeros cristianos condenados a las fieras: la fiesta de la entrada al cielo, el segundo nacimiento. "Es verdad que son horribles de ver, pero tienen un alma rescatada al precio de la sangre del Salvador". Cuando la mirada cambia, todo cambia.

A su llegada a Kalawao, se contaban 200 católicos entre 600 enfermos. Pronto él censa 400 catecúmenos. La misa del domingo es una verdadera fiesta. Los visitantes se quedan pasmados ante el espectáculo, emocionados por el fervor de los creyentes, por la belleza de sus voces -¡cantaron una Misa de Mozart!- por el recogimiento de tres o cuatrocientos enfermos que se arrastran hasta el banco de la comunión, los ciegos ayudados, como los lisiados, ciertas bocas casi sin lugar donde depositar la santa hostia. Fiel a su vocación de religioso de los Sagrados Corazones, Damián organiza una adoración perpetua del Santísimo. Los que pueden son fieles en ir a la iglesia a su hora. Lo que conmueve a Damián es la fidelidad de los enfermos que, en sus casas sobre la estera que les sirve de lecho, cumplen con su hora de adoración. Kalawao la

moribunda, se ha convertido en una comunidad de cristianos felices que aman la vida, su vida.

La prueba

El heroísmo de Damián le ha aislado. A pesar de sus reiteradas peticiones, ningún otro misionero se le unió de manera durable. Varios de los que pasaron por Molokai, tres en total, eran de los que llaman con caridad "originales", acorazados en sus prejuicios. En 1874 ya había construido Damián una iglesia en el interior de la isla, en la costa sur de largas playas, en el poblado de Kalua'aha en el sureste de la isla. La dedicó a Nuestra Señora de los Dolores. Damián sentía en su conciencia sacerdotal que, puesto que no había otro sacerdote en la isla, él era responsable de toda ella. En 1876 llega el **P. Andrés Burgerman** para atender el interior de la isla. Enseguida Damián le construyó durante cuatro meses una nueva iglesia y casa sacerdotal en el cercano Kamalo, iglesia blanca dedicada a San José, su santo patrón. Durante esos meses el P. Burgerman atendió a la leprosería, con éxito debido a sus aficiones médico-curanderas. Volvió más tarde de nuevo a la leprosería y sus extravagancias despectivas hicieron sufrir un infierno a Damián. Trasladado a Honolulu vivió como un alma en pena.

En agosto de 1880 llega el **P. Albert Montiton**, desde sus islas Tuamotu en la Polinesia, donde ha sido un misionero celoso y arrollador, entre gentes caníbales. Llega enfermo, hay dudas sobre su posible lepra y está convencido de que Damián lleva una doble vida y no se comporta bien con las leprosas. En una corta ausencia de Damián, el Padre Montiton arroja del terreno de la misión a las dos señoras no leprosas que atienden a sus huérfanos, sobretodo como cocineras. A Damián le hierva la sangre viéndole entrometerse como dueño en sus asuntos y soporta tres días colmados de reproches y amenazas... Profundamente herido, contiene su cólera y cuenta con el tiempo para que su compañero se convenza. Pero sabe que la calumnia ha llegado hasta su obispo y que la confianza de sus superiores no es absoluta. Llega a escribir a su Provincial: "No creía encontrarme tan bajo en la opinión de mis superiores".

Existía un trasfondo de credulidad popular, que mantenían algunos doctores, de que la lepra era el desarrollo último de la enfermedad de la sífilis. Cuando se corrió por el Pacífico la noticia de la enfermedad de Damián, llegó hasta la Polinesia y con esa idea se vino el Padre Montitón a Molokai. Damián estaba estigmatizado, ante algún ambiente popular, por su enfermedad.

Al cabo de diez años, sigue al servicio de la leprosería. Allí ha visto y hecho lo que ningún otro. Ha soportado lo intolerable. Ha encontrado la manera de vivir en el mundo de la lepra. Sabe mejor que nadie cómo obrar y trabajar entre estos condenados a muerte. Y hete aquí que un compañero sin experiencia y sin juicio (Montitón) invade su pequeño mundo, trastorna su organización, le da órdenes y enjuicia sin dudarle su manera de ser sacerdote. Buen charlatán, sabe que tiene a su lado la oreja del obispo. Damián se siente bajo sospecha, observado, casi desaprobado. Su moral se halla por ello más afectada que su salud, por primera vez empieza a preocuparse: se resiente de

los dolores en el pie, después en toda la pierna izquierda y en el nervio ciático. Llega hasta pensar en marcharse de la leprosería. Escribe a su obispo: "Si mi conducta, vista con malos ojos por el Padre Alberto, os desagrada, dejaré de buen grado Molokai".

Pero llegando hasta el fin, se atreve, como hombre libre, a poner al obispo ante su responsabilidad: "Si no tratáis de suavizar el temperamento insoportable del Padre Alberto, pronto me veréis a mí mismo al margen de la obediencia". Por desgracia, la prueba se eterniza sin que la autoridad se atreva a intervenir. Después de dos años y medio de crisis crónica, la salud del Padre Alberto se resquebrajó súbitamente y obligó a su traslado a Honolulu... donde cuantos le rodean, unánimemente, lo encuentran del todo insoportable. Al fin se traslada a la Polinesia, viejo y enfermo como está. Sin embargo desde allí escribe al Padre Damián. La respuesta de Damián es antológica, en una de sus más hermosas cartas:

"Su amable carta del 14 de marzo ha venido a cicatrizar un poco la profunda herida que vuestra marcha me había causado. Las lágrimas que derramé entonces eran una clara expresión de mi pena de perderos y del presentimiento de la situación penosa y extraña en que había de pasar el resto de mi vida... Después de haber perdido en usted un buen compañero en esta triste leprosería, no he vuelto a tener mas que la visita rápida de un hermano cada dos o tres meses..." (Mayo 1886)

Le habla después de su enfermedad en los términos más bellos. Así hicieron las paces y el Padre Alberto, después de la muerte de Damián, defendería su honor desde la residencia primera de España (1880), en que vino a recalar y a morir (1894). Testimonió solemnemente ante sus superiores:

"En respuesta a lo que me pedís, diré bien alto y con rotundidad, ante Dios y mi conciencia, que creo absolutamente inocente al Padre Damián de la inmoralidad con que indignamente se le ha acusado por ciertos ministros protestantes. Jamás tuve una sombra de duda sobre la moralidad del buen Padre".

Pronto, aquel superior de "modales de policía", tiene que verse en la necesidad de enviar a Molokai a un tercer compañero, después de la "huída" del P. Montitón. Se trataba esta vez del pobre hombre **P. Gregorio Archambaux**, diagnosticado de lepra y resquebrajado en su sistema nervioso. Entonces ha de contar con Damián y escribirle: "Contamos con su gran caridad, para que cuide del Padre Gregorio". ¡Cómo cambian las tornas del mandar al pedir! Por lo visto Damián era algo más que testarudo. "La fe, la esperanza, la caridad... la más valiosa es la caridad" (1 Cor. 13,13)

Por el contrario, ciertos protestantes han dejado de Damián un retrato más objetivo, que da que pensar. Así el doctor Mouritz, un médico de Molokai (1883-1888), que era más admirador que amigo, sabe ensamblar su temperamento con su idealismo:

El Padre Damián, de temperamento nervo-bilioso, tenía los cabellos negros y abundantes. Poseía una voz de barítono clara y potente, cantaba muy bien, era más hermoso visto de perfil que de frente y llevaba ordinariamente la cabeza descubierta. Era inflexible e impresionable. Instalado desde hacía muchos años en Molokai, se comportaba como un autócrata y la leprosería hubiera llegado a ser, si le hubieran dejado hacer, una suerte de monasterio bajo su dictadura religiosa”.

Un escritor americano, Carlos Stoddard, traza de Damián otro retrato:

Llevaba una sotana raída; sus cabellos estaban un poco en desorden y sus manos morenas del trabajo. Pero en su mirada resplandecía la bondad, la juventud, la salud; y una expresión llena de energía y al mismo tiempo de dulzura, iluminaba sus rasgos. Su reír alegre, su acogida sencilla y cordial, todo revelaba en él a un hombre capaz de emprender y llevar a buen fin las cosas más difíciles.

Un semi-hawaiano, Ambrosio Hutchinson, muerto leproso en 1932, dibuja a Damián en pocas palabras:

Un hombre vigoroso, enérgico, impulsivo, de corazón generoso, en la plenitud de su vida y un mozo hábil en todos los menesteres: carpintero, albañil, panadero, granjero, médico y enfermero.

“Estoy leproso”

Entre aquel su “nosotros, los leprosos” y “yo, un leproso”, hay una diferencia... la del sueño tornado en realidad. ¿Cuándo supo realmente Damián que se había contagiado del mal? El testimonio de Dutton que recoge de labios de Damián la historia del desarrollo de su enfermedad, es el documento fehaciente de sus sospechas y verdades. Muchos signos previos ya le alertaron: manchas parduscas en su piel, dolores en la pierna izquierda, insensibilidad en parte del pie... Siempre las creyó falsas alertas, pero él mismo eleva a 1876 la seguridad razonable de estar contagiado, aunque solo entre finales y principios de 1884 y 1885 lo hace el diagnóstico seguro el Dr. Arning, leprólogo en Honolulu, acompañado por el Dr. Mouritz, médico de la leprosería.

Las falsas alertas rebotaban en su temperamento despreocupado.. Pero a comienzos de 1884, de repente, las alternativas manchas rojizas se precisan: ya no puede subir el pali como hacía a menudo, para ir a visitar la otra parte de la isla. Un día se abraza los pies en agua muy caliente, destrozándose la piel pero sin sentir dolor alguno. Sabe lo que eso significa. La primera comunicación se la dirige a su hermano Pánfilo (31.01.1885) A finales de 1885 escribe a su Provincial: “En este momento ya no tengo duda alguna: estoy leproso”. Pero añade enseguida: “Aún estoy de pie y con unos pocos cuidados continuaré mi vida activa como antes”.

En noviembre de 1887 escribe a su hermano Pánfilo: "La lepra ha causado algunos destrozos en mi cuerpo y me ha dejado un tanto desfigurado, pero continúo estando robusto y fuerte".

A esta prueba que ha previsto y calculado, viene a añadirse otra, imprevista y mucho más pesada: la incomprensión, la desaprobación de sus propios superiores. A comienzos de 1887, su obispo, Mons. Koeckemann, le escribe:

"De cuanto puedo leer en los diarios, el mundo tiene la impresión de que estáis a la cabeza de vuestros leprosos y sois su administrador, su médico, su enfermero, su enterrador, etc. como si el gobierno no contara para nada".

El obispo, naturalmente, tenía que guardar buenas relaciones con el gobierno. Pero Walter M. Gibson, el hombre fuerte de ese gobierno y presidente del Comité de Salud, estaba furioso de la publicidad que se hacía a Damián, "como si los leprosos estuvieran abandonados del gobierno". Por otras razones, el Padre Provincial se queja ante el Superior General:

El Padre Damián se ha dejado intoxicar por las alabanzas y ahora se ha vuelto un sujeto peligroso. Todo sucede como si nosotros no tuviéramos aquí nada más que Molokai y los leprosos".

Damián recibe muchos donativos. Ese "nada más" parece un tanto rabioso, porque su superior bien podía haber reconocido que "nadie estaba más necesitado que los leprosos de la ayudas exteriores", que llegaban para ellos. Como buen religioso preguntaba a su Provincial si podía guardarlos o debía remitírselos, queriendo equilibrar su decisión de respeto a los donantes con su delicada conciencia. Con displicencia le respondió: "No tengo nada que hacer con ese dinero". Al fin el superior le comunica: "He decidido no volver a tener nada que ver con vos hasta una nueva orden".

¿Se puede uno admirar de que el médico (Mouritz), que se encuentra a menudo con Damián, le halle "abatido, inconsolable, casi melancólico". También afirma que, en ciertos momentos, experimenta "el sentimiento alucinante de ser indigno del cielo". ¿En qué abismos de soledad interior vivió estos últimos años? Si una de las causas es sin duda el comportamiento de sus superiores, el mismo Mouritz advierte que también era un fenómeno consecuente de su enfermedad. Llegados a un cierto grado, los leprosos, en general, sentían esta melancolía y vacío interior, que los llenaba de tristeza y los dejaba atónitos mirando a un punto fijo. A Mouritz lo que se le hace inconcebible son los pensamientos religiosos pesimistas de Damián. ¿Otra vez sus "ideas negras"?

Dos cartas de Damián

Necesitamos citar aquí dos o tres cartas de Damián a sus superiores, a aquellos a quienes, con su mirada de fe, jamás ha cesado de rodear de amor y de respeto.

Ciertamente, la correspondencia de Damián no le asemeja a Madame de Sévigné. No es sentimentalista. Escribe más para arreglar negocios, pedir un permiso, informar sobre un problema práctico. Pero este hombre de acción tiene el corazón sensible. Quien no busca más que amar a todo el mundo, comprendidos en él sus superiores, se siente profundamente herido cuando las directrices o decisiones de lo alto, le son impuestas con violencia, o cuando le parece que dudan de su rectitud.

Un día, en junio de 1886, cuando la lepra ya había comenzado en él a causar sus destrozos, tiene ganas de ir a Honolulu para consultar al médico japonés Dr. Goto, de gran reputación y que está experimentando su sistema en el hospital de Kakaako, en Honolulu. Damián escribe a su obispo **Mons. Germán Koeckemann**:

Al no tener ya ninguna confianza en nuestros mejores médicos europeos para detener esta terrible enfermedad, deseaba entonces mucho consultar con el doctor Goto, pero por prudencia, por no ofender a nuestros sabios, guardaba este deseo en el corazón. El rechazo absoluto (de que fuera a Honolulu), expresado con un tono de policía más que con el de un superior religioso, y eso en nombre del obispo y del primer ministro, como si la misión fuera a ser puesta en cuarentena en el caso de que yo fuera a Honolulu, me dio más pena, lo digo francamente, que todo cuanto he tenido que sufrir desde mi infancia.

Y termina con estas líneas: Espero siempre que Nuestro Señor, por intercesión de nuestra buena Madre la Virgen, haga un milagro en mi favor, pero, ¡ay!, "no soy digno". Siempre resignado con la santa voluntad de Dios Bueno, en nuestros sufrimientos cada vez más punzantes, estemos, Monseñor, "muertos en Cristo y que nuestras vidas estén escondidas con Cristo en Dios" (Col. 3,3)

La carta que dio pie a estas dolorosas palabras de Damián, la había escrito su Superior Provincial en enero de este año, cuando le advirtió sin ningún miramiento:

"Si venís a Kakaako [hospital de leproso en Honolulu], deberéis permanecer en la capilla de los leproso, sin celebrar la Misa; porque ni el Padre Clemente ni vuestro servidor consentirán en celebrar la Misa con el mismo cáliz y los mismos ornamentos que vos; y las hermanas no querrán recibir la santa comunión de vuestras manos". Vuestras pretensiones, querido Padre, no probarían más que no tenéis ni delicadeza ni caridad para con vuestro prójimo y que solo os estimáis a vos mismo; esto es demasiado egoísmo, y me parece que todos estos sentimientos no los tenéis ni en vuestro corazón ni en vuestros pensamientos".

A esto es a lo que llamó Damián "tono de un policía más que de un superior religioso". "Solo os estimáis a vos mismo". ¡Decir esto a Damián! El final de la carta intenta dar un poco de crema sobre la piel que él mismo ha abrasado: "Mi querido Padre, deseamos todos veros curado, si es posible. Todo suyo".

El 30 de diciembre 1886, Damián escribe al secretario de su Superior General en París, **P. Janvier Weiler**. Vale la pena citar la carta casi entera. A Damián, en este momento, no le quedan más que dos años y tres meses de vida en este mundo:

Desde el mes de julio, sigo regularmente un tratamiento japonés y cuido a unos cincuenta de mis cristianos leprosos que también lo siguen. Si no puedo tener la alegría de anunciaros mi restablecimiento total, al menos puedo deciros que me encuentro mucho mejor, lo mismo que el resto de los que siguen el tratamiento. Hace cinco años estaba impotente y débil, difícilmente podía decir la Misa, etc. Hoy, gracias a Dios y a la Santa Virgen, estoy de nuevo fuerte y robusto (aunque aún leproso, como podéis juzgar por lo que sigue).

El viernes último, vigilia de Navidad, tomé mi baño a las 5 de la mañana. A las seis fui al otro poblado (una legua). Después de la Misa y de la instrucción, seguí allí en el confesionario hasta las 11:30 estando en ayunas. Después volví aquí, comí bastante bien y de nuevo en el confesionario hasta las 7 h. Rezado el breviario, tomé una taza de café y a las 9 h todos mis jóvenes me esperaban en la iglesia para presidir el examen general de catecismo que duró hasta las 11:30 h. A medianoche comencé la Misa mayor con sermón de más de media hora. A las 3-4 horas de la mañana llegaba a mi otra iglesia con mi sacristán José, este santo hombre americano del que el Padre Columbano os ha hablado y a las 5 h en punto comenzaba en ella mi segunda misa solemne, con sermón sobre otro tema. Después de la Misa hice un bautismo solemne de algunos catecúmenos y a las 9 h celebré mi tercera Misa aquí en Kalawao. Esta vez pedí a uno de nuestros buenos catequistas que predicara el sermón y todo se acabó así, excepto mi comida navideña que aún no estaba preparada.

Me queda una pequeña palabra, bien penosa para mí y quizás para el corazón de nuestro muy querido Reverendísimo Padre (el superior general), pero siendo su hijo muy obediente y muy resignado a mi suerte, creo es mi deber comunicársela, porque es una consecuencia práctica e inevitable de la marcha del Padre Alberto (Montiton) de Molokai. En el mes de julio último, habiendo pasado cerca de tres meses sin ver a un hermano, me escapé casi en contra de la obediencia debida a mi superior religioso y llegué a Honolulu, donde tuve el consuelo de confesarme con Monseñor. La misma semana ya estaba de vuelta aquí y, desde entonces, he visto una vez al bueno del Padre Columbano a comienzos de octubre (es de esa visita de la que os habla en su carta). Ya estamos en el último día del año y aún no sé cuándo llegará mi confesor. El buen Padre tiene demasiado trabajo en Maui como para que venga a menudo a esta isla donde hay muchas capillas sin sacerdotes. Al no estar libre para viajar fuera de nuestro establecimiento, me encuentro en la imposibilidad de ir a ver a otros compañeros y no puedo hacer otra cosa que esperar con paciencia la llegada de un sacerdote para confesarme. Rece por tanto y haga rezar por mi para que Dios bondadoso se digne confirmarme en gracia como lo estuvieron los Apóstoles. ¡Helaas arme zondaer dat ik ben! (¡pobre pecador como soy!). Es este alejamiento de todo hermano de nuestra querida Congregación lo que me resulta mucho más penoso que la enfermedad de la

lepra. Guardad este secreto entre vos y nuestro Reverendísimo Padre y entiéndase juntos en lo que sea mejor hacer. Por supuesto, no pido nada mejor que el permanecer y morir en Kalawao, leproso o no; déjenme “terminar mi carrera hasta el final” (Act. 20,24). Estoy contento y feliz en todo lo demás y no me quejo de persona alguna. Esperando a mi confesor, me confieso a menudo ante el Santísimo Sacramento. Mis dos parroquias marchan bastante bien. Bino (decir dos misas) casi cada domingo. Un saludo a todo el mundo... Recemos el uno por el otro. (30.12.1886)

Unos amigos

En este ramillete de cartas excepcionales hay que introducir la respuesta que Damián envía a una persona que tanto va a influir en el bienestar de los enfermos y a la vez va a levantar, con sus cuantiosas sumas de ayudas para los leprosos, una polémica proveniente desde la misma Misión católica de Honolulu y hasta del mismo gobierno, como advertimos antes. El obispo piensa que hay otras necesidades en las misiones de Hawaii que no son las de los leprosos y el gobierno se lamenta de que estas ayudas le ponen en peligro ante el partido de la oposición, como si no atendieran suficientemente o malversaran los fondos para la colonia de enfermos. Ambos tienen miedo, porque la Misión se siente protegida por este gobierno y en la oposición militan los protestantes.

En ese ambiente, que se va a ir inflamando y del que Damián va a sufrir los coletazos – hombre ingenuo que no ve las consecuencias de sus actos, dicen en las alturas, con anteojeras para no mirar más que a sus leprosos – Damián contesta al **Rev. Hugt B. Chapman**, párroco anglicano de la iglesia de San Lucas en los arrabales de Londres. Ha sabido de la obra de Damián y de su contagio, y ha conmovido, en su iglesia y por la prensa, a multitud de ingleses para moverlos en esta obra de caridad. Damián le dice:

Doy gracias a nuestro Divino Salvador de que el ejemplo de un pobre sacerdote que cumple con toda sencillez los deberes de su vocación, haya encendido en su corazón ese noble espíritu que encuentra agradable el sacrificio de si mismo. Como dice en su carta, el Santísimo Sacramento es realmente en todos nosotros, para mí como para usted, el estímulo que empuja a renunciar a todas las ambiciones del mundo. Sin la presencia continua de nuestro Divino Maestro en el altar de mis pobres capillas, jamás hubiera podido perseverar compartiendo mi destino con los leprosos de Molokai. Las consecuencias ya estaban previstas... Como la santa comunión es el pan de cada día para el sacerdote, me siento feliz, bien contento y resignado en el ambiente un tanto excepcional en que la Providencia divina se ha complacido colocarme.

Chapman conoció el caso Damián por el libro de Stoddard, profesor en la universidad de Indiana en USA, donde narra las impresiones de su visita a Molokai, añadiéndole, al publicarlo, la carta que acababa de recibir de Damián en que le comunicaba su contagio. Así se conoció la noticia en el mundo anglosajón, llegando a manos de Chapman, que quedó conmovido. Por eso

éste le escribió la carta en la que se encuentra uno de los más bellos textos que se hayan escrito sobre Damián, convertido para él en una Palabra de Dios y en una Eucaristía vivientes:

Me habéis enseñado con la historia de vuestra vida mucho más que todos los comentarios que nunca haya leído [de la Sagrada Escritura], y el Santo Sacramento tiene mayor valor para mí, después de que he leído la historia de un leproso voluntario.

También merece un afectuoso recuerdo, por fin, la carta con que la princesa regente **Liliuokalani**, en ausencia de su hermano el rey, acompañó el envío de la concesión al Padre Damián de la condecoración de Caballero Comendador de la Real Orden de Kalakaua, que firmó en Honolulu al día siguiente de su visita a la leprosería, en la que se emocionó hasta las lágrimas. Nadie como ella podía comprender lo que significaba para los de su raza la segregación de sus familias y, por tanto, el valor del trabajo que estaba realizando Damián:

Deseo expresarles toda mi admiración por los servicios heroicos y desinteresados que prestáis a los hombres más desgraciados de este reino, y rendir, de alguna manera, un homenaje público a la entrega, a la paciencia y a la caridad sin límites, con las que os ocupáis continuamente en el alivio corporal y espiritual de todos estos infortunados, fatalmente privados de los cuidados afectuosos de sus parientes y de sus amigos.

Sé muy bien que vuestros trabajos y vuestros sacrificios no tienen otra motivación que la del deseo de hacer el bien a todos los desgraciados y que no esperáis vuestra recompensa más que de Dios, nuestro Soberano Señor, que os dirige y os inspira. Sin embargo, para contentar mi deseo, os pido, mi Reverendo Padre, que aceptéis la condecoración de Caballero Comendador de la Orden Real de Kalakaua, como testimonio de mi sincera admiración por los esfuerzos que hacéis con el fin de aligerar la miseria y suavizar los sufrimientos de estos infortunados, como lo he constatado, hace pocos días, en la visita que he hecho a la leprosería.

Se despide en su carta con un "soy vuestra amiga". Damián había escrito: "De los extraños recibo el oro y el incienso, de mis superiores la mirra", frase verdadera e ingeniosa, que les faltó tiempo para pasársela por la cara. Pero ya Damián está al cabo de cualquier política de salón, porque se le va la vida. Tiene otras cosas superiores en qué pensar. A comienzos de 1888, un huracán nocturno derribó la torre de su capilla y se llevó parte del tejado. En el estado en que ya se encuentra, decide reconstruir y ampliar su capilla de Sta Filomena. No se le ocurrió otra cosa que hacer la ampliación nada menos que en piedra, con ayuda de un cantero blanco. El **P. Cornelio Limburg** que vino a fines de año para confesarle, se quedó atónito viendo a Damián en lo más alto del tejado, destrozado su rostro, pero todavía increíblemente robusto y activo:

Deberíais haber visto la desbordada actividad con que lo dirigía todo, dando órdenes a los albañiles, o a los carpinteros, o a los trabajadores, todos leprosos. Hubierais dicho que era un hombre que estaba en su elemento y en

perfecta salud. Esto os manifiesta que Damián parece que no quiere parar hasta morir de pie.

Los acontecimientos se van a precipitar rompiendo el vacío del sacerdote solitario. El 29 de julio de 1886 llega un hombre de vida tormentosa y profunda conversión, **Ira Barnes Dutton**, a quien Damián llamará "Hermano José", gran ayuda y consuelo de Damián, quien después de su muerte quedará encargado por el Comité de Salud de dirigir el "Hogar de los muchachos" huérfanos, hasta su muerte en 1932, acabado por los años. Esperando los acontecimientos, otro amigo aparece en el horizonte, sacerdote misionero entre los pieles rojas de las Montañas Rocosas, en el estado de Oregón, el misionero **Luis Conrardy**, sacerdote walón oriundo de Lieja, que a toda costa quiere llegar para estar con él (8.5.1888) y que permanecerá en la leprosería hasta seis años después de muerto Damián. Cuando ya su vida se acerca a la tumba, se anuncian unas **Hermanas franciscanas de Syracuse** (USA) que van a tomar a su cargo el orfanato de niñas que un banquero de Honolulu ha construido en Kalaupapa (Noviembre 1888). Por fin, por ellas más que por él, llega pronto un sacerdote de la Congregación, capellán permanente y sin contagio para las religiosas, el **P. Wendelin Moëllers**. El solitario de toda la vida, tiene junto a él entonces dos sacerdotes y dos seglares, más las religiosas, en sus últimos días y a la hora de su muerte.

Los últimos meses

En una carta de octubre de 1888, dirigida a un viejo amigo inglés, el **doctor Kuhen**, Damián reconoce que declinan sus fuerzas exteriores, pero las de su alma alcanzan serenidades místicas.

Usted se encuentra bien y su salud es buena. Yo me voy haciendo viejo y débil. Sé que mis días están contados y no espero permanecer largo tiempo en este miserable mundo. Siento que la enfermedad ha penetrado hasta mis pulmones y pronto, lo espero, ya estará todo bien cuando me encuentre bajo la manta verde. [Con humor designa así a la hierba que cubre el suelo del cementerio]. Nuestros niños enfermos (orfanato) son 88 en este momento. En total somos 900 leprosos, y aunque estemos enfermos, la paz y la felicidad parecen reinar sobre Molokai.

Pero continúa luchando. Otro amigo inglés, **Eduardo Clifford**, le sugiere que ensaye un remedio de la India, el aceite de gurjun. En noviembre de 1888, Damián le escribe con toda delicadeza:

Hace como un año que hemos ensayado el aceite de gurjun preparado exactamente como habíais dicho, bajo la dirección del doctor que reside aquí. Había recibido todas las instrucciones posibles e hizo todo lo que estaba en su poder para haber acertado... El primer mes que habíamos ensayado el tratamiento del aceite, constatamos una gran mejoría y al cabo de seis meses, la piel estaba limpia. Pero la purificación se quedó solo en el exterior. La lepra es una enfermedad constitutiva que invade los nervios y a menudo los huesos.

Tan pronto como el cuerpo ha absorbido el aceite y queda saturado por ella, el remedio cesa de tener un efecto saludable y enseguida la enfermedad recomienza sus destrozos visibles.

Quizás aquí como en la India el remedio no se haya empleado debidamente. No conozco casos en que la lepra haya sido curada y no tengo temor alguno en afirmar públicamente, basándome en todo cuanto he experimentado en mi propio cuerpo desde hace muchos años, que un remedio específico contra la lepra, si existe, permanece hasta hoy siendo un secreto, y solo nuestro Divino Salvador sabe cómo y dónde servirá como remedio. En cuanto a mi, Dios solo sabe lo que es mejor para mi pobre alma: le dejo decidir si mis días han de ser más o menos numerosos. Desde la última vez que os escribí, he dado pasos rápidos hacia en cementerio. De momento, la enfermedad ha atacado los pulmones y, lentamente, me he quedado más débil.

Ya hemos escuchado al Padre Cornelio, en el colmo de su asombro, ante la actividad frenética de Damián. Pero en una carta con fecha del 2 de febrero de 1889 y dirigida a su hermano Pánfilo, termina con esta confesión:

En el altar, donde hasta ahora puedo subir todos los días – con una cierta dificultad, por cierto - no me olvido de ninguno de vosotros y en pago os ruego que recéis por mí que me arrastro suavemente hacia mi tumba. Ojalá que el buen Dios me fortifique y me dé la gracia de la perseverancia final.

El 28 de febrero, con gran dificultad, Damián escribe, probablemente dicta, su última carta. Es su adiós, su testamento, el último signo de sus amistades ecuménicas, con el amigo del alma anglicano, el pintor de bondadosos sentimientos religiosos que le retrató en sus cuadros, con quien sabe puede explayarse desde los suyos más íntimos:

Mi querido Eduardo Clifford:

Su carta, tan llena de simpatía, ha llegado para traerme un poco de alivio en mi estado bastante miserable. Me esfuerzo como mejor puedo en sobrellevar, sin quejarme mucho y de una manera práctica para la santificación de mi alma, las miserias, previstas desde hace tanto tiempo, de la enfermedad que es, después de todo, un agente del que la Providencia se sirve para desligar el corazón de todo afecto terreno, y activar al mismo tiempo el deseo del alma cristiana por estar unida, cuanto antes mejor, a Aquel que es su única vida.

Durante vuestro largo viaje de retorno, no olvidéis, os lo ruego, el camino estrecho que los dos debemos cuidadosamente seguir, para que nos encontremos los dos en la casa de nuestro Padre común y eterno. Mis afectuosos saludos y mejores deseos para todos los amigos y simpatizantes. Buen viaje, mi querido amigo, y hasta que nos veamos en el cielo. Totus tuus (Todo suyo) J. Damián

A comienzos de Marzo, sus manos se abrieron en llagas: ya no podía subir más al altar. Pone a punto su testamento, en el que coloca dos albaceas, uno

cercano al obispo y el otro suyo, confirmando que a su muerte debe ser remitido al obispo. "Ahora, dice, muero pobre, nada tengo mío".

Hasta el 23 de marzo, consecuencia de una cierta mejoría, tiene aún fuerzas para trabajar. Pero el 28, debe guardar cama, que costó no poco que aceptara, porque quería seguir echado como toda su vida, en su colchón de paja sobre el suelo. Dieciocho días se van a prolongar en lucha con la enfermedad, con el recuerdo de tantos a los que ha visto y ayudado a morir así. La espera del encuentro con el Señor. Y del servicio desde allí para los enfermos, de quienes sus "contactos" le traen malas noticias. Dos pequeños papelillos preciosos se han conservado, que son petición de ayuda a su médico, para que visite a algunas personas de quienes acaba de conocer su estado de gravedad.

Cada noche, cuando suenan las 11 h. en su reloj, advierte a **James Sinnet**, un joven irlandés que vela por él, para que comiencen a rezar las oraciones de preparación a la santa comunión. Poco antes de las doce, Conrardy acompañado por Sinnet, que alumbraba la noche con un farol, van a la cercana iglesia para traer el Santísimo. Guiándole delante con el farol, llegan a la habitación de Damián en el primer piso. A Sinnet le parecía un serafín cuando comulgaba y creía verle rodeado de ángeles.

El día 15 de abril de 1889, lunes de la Semana Santa, acabó su calvario y traspasó el velo de este mundo. Como había dicho: "Voy a celebrar la Pascua en el cielo". Antes, el **doctor Swift**, médico de la leprosería le tomó dos fotos en su lecho, que nos han perpetuado su última mirada que ya viene desde ese otro mundo.

Él se había escogido hace años su tumba en el cementerio de la misión, al costado de la iglesia de Sta Filomena y junto al pandano que le había abrigado las primeras noches. La cruz de mármol negro con pedestal, a su cabecera, lleva estas palabras: "A LA MEMORIA DEL PADRE DAMIÁN, MUERTO MÁRTIR DE LA CARIDAD POR LOS INFORTUNADOS LEPROSOS".

El fondo del problema

En la religión cristiana, Dios no es la totalidad del mundo como lo es para los panteístas, ni tampoco, como en el Antiguo Testamento, la Palabra que interpela. Dios es el que llega para sumergir al hombre en el agua del bautismo, para hacer una unción de aceite sobre la piel del confirmado o del enfermo, para penetrar en su cuerpo y transformarlo por el pan y vino de la Eucaristía.

En la religión de los sacramentos, el sacerdote es el instrumento y el servidor de este tocar de Dios. Gavan Daws (*"Holy man"*, 1973), agnóstico, lo ha visto bien cuando se atreve a escribir en su biografía del Padre Damián:

Para cristianos como sus hawaianos, el "tocar" era primordial. Con un sacerdote como Damián en quien la creencia estaba encarnada sin

caretas, la fe se convertía en algo físico. Mortificar su cuerpo, morir a sí mismo, arriesgar la lepra física por curar la lepra moral, implicaba que él fue un buen sacerdote. Si eso debía significar que había que tocar lo intocable, entonces eso era lo que había que hacer. El contacto físico del sacerdote era la relación indispensable entre el cristiano y su Iglesia, el pecador y su salvación. De este modo, en un cierto momento – momento que él solo habría sido capaz de indicar y que no comunicó jamás – decidió tocar sin reservas a las gentes de Kalawao, su familia en Cristo, y convivir sus propias costumbres (Gavan Daws)

El riesgo era grande, no solamente de convertirse en leproso, sino de verse asimilado, ante la opinión pública, a los libertinos que se transmitían la lepra.

El primer autor de esta calumnia odiosa, un rico americano de Honolulu, Carlos McEwen Hyde, jefe de la iglesia protestante, fue refutado de manera mordaz, por el escritor escocés R. Louis Stevenson, entonces en la cumbre de su fama mundial, que visitó la leprosería después de la muerte de Damián. Cuenta que un día, en un merendero del puerto de Honolulu, entre los bebedores sentados al exterior en torno a una mesa, escucho a un polinesio contar que Damián había contraído la lepra por libertino. De un brinco, uno de los bebedores le saltó al cuello gritando: “¡Miserable pequeño cerdo! ¿No sientes que, aunque fuera cierto, tú que estás un millón de veces por debajo de ese hombre, no tendrías derecho a repetirlo?”

Se sabe que Damián mismo en sus últimas confidencias a su amigo Conrardy y oficialmente ante Ira.B. Dutton, con ocasión de la petición del Dr. Morrow de Nueva York sobre la evolución de su enfermedad, en el documento que la recoge, del mes de marzo de 1889, entre el resto de datos, afirma también “nunca he tenido alguna relación sexual con una mujer”. La opinión pública, entre los kanakas, era por otra parte unánime sobre este punto. Y el silencio de los superiores de Damián sobre el mismo tema acaba por arreglar la cuestión.

En adelante está permitido venerar como un santo al que por amor a los pecadores arriesgó su reputación ante las gentes puritanas. Se le puede imaginar, como Elías con los sacerdotes de Baal, enfrentándose en el lugar de las danzas y las borracheras a los demonios del libertinaje y arrancarles, con santa cólera, sus desgraciadas víctimas. Blandía y agitaba su bastón. El miedo ponía en fuga a los culpables, pero su contrición no era más que fingida: cuando Damián volvía la espalda, retornaban a sus bacanales. Algo sin embargo quedaba claro, y era el que en Kalawao ya no se podía decir impunemente “aquí no hay ley”, a pesar de que Damián tuviera enfrente durante todos sus años a los prepotentes viciosos, explotadores de los más débiles. La ley de la gravedad, vieja como el mundo, que une el sexo y el miedo a la muerte, los agarraba a poco de llegar y los conducía a su fango pantanoso. Como tantos mártires antes que él, les aportó la prueba de que el espíritu es más fuerte que la carne, y la vida con Dios más feliz que el culto de los ídolos.

Ahora que el sida ha tomado el relevo de la lepra, ¿quién sabe si Damián no se va a convertir en su modelo, la encarnación de la esperanza y de la caridad cristiana?

El reverso de la medalla

Mientras Damián el leproso, en medio del Pacífico, cumple su destino, otro sacerdote flamenco, por un camino distinto de humildad, alcanza él también la grandeza y la gloria. Guido Gezelle (1830-1899), en uno de sus más bellos poemas, medita sobre la oración y la soledad de Jesús. Escribe:

“Tú rezabas, solo, sobre la montaña,
y yo no encontraba ninguna, Jesús,
bastante alta para unirme allí a Ti, solo.
Donde quiera que vaya, donde quiera que viva,
donde quiera que vuelva los ojos,
el mundo está allí persiguiéndome.
Y pobre como yo, no hay dos,
yo que sufro y no puedo quejarme,
yo que tengo hambre y no puedo mendigar,
yo que peno sin poder hablar de ello.
Oh, enséñame, pobre loco que soy,
cómo debo rezar!

“Pobre como yo, no hay dos...” Las biografías de Damián han subrayado su necesidad de penitencia, de mortificación, de absolución sacramental. En él hay un hombre que añade a sus fatigas las oraciones nocturnas de adoración. Su vida se entrega en una pobreza, una castidad, una abnegación totales. Y sin embargo tiene sed del sacramento de la reconciliación, suplica que se le envíe un compañero sacerdote con quien pueda confesarse. Claramente, no sufre ni escrúpulos, ni angustia enfermiza. ¿Por qué esta necesidad de purificación? Uno querría penetrar en su santuario interior, en su conciencia de hijo de Dios, de amigo de Cristo...

“Pobre como yo, no hay dos...” No le era fácil vivir, a nuestro Damián, con esos racimos de leproso por centenares que se colgaban de sus dos brazos, de su gran corazón... Era su padre, su providencia, su modelo viviente. Gracias a él, iban a su muerte como hombres, como hijos de Dios. Para él, nada en el mundo existía más que sus pobres enfermos: ni las apariciones de Lourdes en 1858, ni la muerte del cura de Ars en 1859, ni el Concilio Vaticano en 1870, entraron en su universo. Los condenados a muerte viven ya en otro mundo.

“Pobre como yo, no hay dos...” No era ni un intelectual – jamás leyó la Biblia con ayuda de un comentario, solo su breviario y la Imitación de Cristo – ni tampoco un espiritual, un hombre capaz de escribir bellas reflexiones sobre la vida interior. Estaría de acuerdo, si la hubiera leído, con Santa Teresa de Ávila:

"Lo importante no es pensar mucho, sino amar mucho". No tuvo ni visiones, ni éxtasis, ni revelaciones. Sus cartas no cuentan más que sucesos, o piden ayudas.

"Pobre como yo, no hay dos..." No tiene la fibra poética de Francisco de Asís; apenas admiró los paisajes grandiosos de sus islas, ni la fauna ni la flora. No tenía los ojos de Gauguin. Para él las montañas eran obstáculos, el mar un peligro, los árboles madera de construcción. Los pobres no tienen el tiempo, ni la distancia de mirada que permite, a los grandes pintores y a los poetas, prestar un alma a las cosas. No es más que un tosco habilidoso, aún con sus enfermos: enfermero pero no médico.

"Pobre como yo, no hay dos..." Tenía sus defectos, que hacían difícil la colaboración con él. Los funcionarios del Comité de Higiene, en Honolulu, lo hallaron a veces obstinado, brusco, arrogante, "un hombre con quien es difícil trabajar".

Cabeza dura - expresión que él mismo recuerda en una de sus cartas - "entraba con dificultad en el punto de vista de los otros". Pero los contemporáneos de Teresa de Ávila, ¿no la habían reprochado ser "agitada, corriendo treinta y seis liebres a la vez, desobediente y testaruda"? Cuando brega, no quiere con él a nadie y nunca busca su provecho. Como para San Pablo, todo es basura en comparación con ganar y servir a Cristo.

"Pobre como yo, no hay dos..." Esta es la razón de que resplandezca de alegría; es un hombre libre. El escritor y profesor americano, Stoddard, de quien hemos hablado, le describió en estos términos:

"Su personaje no tenía nada de rebuscado. Su sotana estaba sucia y remendada, su cabellera desgredada como la de un colegial y sus manos sucias y callosas a fuerza de trabajo, pero su rostro resplandecía de bondad y tenía una risa contagiosa. Poseía un gran magnetismo personal y se sentía que era un hombre para emprender y llevar a buen fin las empresas más difíciles" Y otro americano, el Dr. Woods, médico navegante que se había propuesto ponerse en contacto con todos los establecimientos de lepra que pudiera encontrar por el mundo, testimoniaba:

"Me quedé profundamente impresionado por él. Rebosaba vida y vigor. Sin embargo sus modales eran afables. Tenía una mirada abierta, con una encantadora sonrisa siempre presta a florecer. Su cabeza era bella, con una cabellera negra en desorden"

¿Cómo pudo llevar juntos tantos sufrimientos y tanta alegría? Mirando a su Señor, estrechando la cruz liberadora, caminó simplemente sobre las huellas de los santos. Ante los paroxismos de dolor, ante los apuros absolutos, los santos no se ponen a discutir, a reflexionar, a sopesar los pros y los contras. Simplemente rezan, y después comienzan a socorrer.

San Luis Gonzaga, en una calle de Roma, carga sobre sus espaldas a un apestado y muere él mismo de la peste, a los 26 años.

San Pedro Claver, el apóstol de los esclavos negros, deportados a América, tomó en sus brazos centenares de desgraciados que sin él habrían muerto de fiebre o desesperación.

La Madre Teresa no pudo soportar que las aceras de Calcuta sirvieran de tanatorio a los sin techo: todo hombre, antes de morir, tiene el derecho a un mínimo de presencia y de ternura.

Damián, por su parte, comprendió la misteriosa ecuación que da la clave de toda caridad cristiana: **el pobre es Cristo**. En el momento de ofrecerse para el infierno de Kalawao, apenas reflexionó. Dejó saltar desde su corazón el sí del Cristo eterno que le habitaba: *"Heme aquí, Padre, para hacer tu voluntad"*.

"Pobre como él, no hay dos". Feliz, y grande, y noble como él, no hay dos

Valdría la pena

La muerte de Damián resonó, como multiplicada por un eco repetido sin fin, en el mundo anglosajón, donde era venerado como un santo. En la India, aquel a quien se ha llamado Mahatma, "la gran alma", escribió

Si la asistencia a los leprosos es tan querida
por el corazón de los misioneros católicos,
es porque ninguna otra obra exige como ella
un tal espíritu de sacrificio.
El mundo de la política y del periodismo
no conoce un héroe del que pueda gloriarse
y que sea comparable al Padre Damián de Molokai.

La Iglesia católica cuenta entre los suyos
con millares de hombres
que a su ejemplo han sacrificado su vida por los leprosos.

Valdría la pena buscar
en qué fuente se alimenta semejante heroísmo.

TUS DOS OJOS

Damián, beato Damián,
Me miras y quedo turbado.
Tu sombrero ladeado
como el de un borracho,
tu mano que cuelga inerte,
la que levantaba aún joven
un saco de cien kilos,
tu barba irsuta, tu nariz chata,

tus orejas roídas,
tu capa negra como un catafalco...
todo me habla de locura y de muerte.

Todo, excepto tus dos ojos.

Tus dos ojos que me traspasan,
dicen: ¿"Tú me has comprendido"?

Damián, perdón.
Ante ti, tengo horror de mi lepra:
de mis pecados, de mi cobardía.

Pero tus dos ojos me dicen:
"¡No tengas miedo!".
La lepra del cuerpo está vencida, quizás,
pero la lepra del alma a tu alrededor
extiende sus destrozos.

Ven conmigo, al Pacífico,
al corazón del mundo,
al Corazón de Cristo.
Su perdón nos cura.
Toda carne podrida, florecerá.
Ven a morir conmigo.
¡El secreto de la alegría es nuestro!"

André NAZÉ